

BOLETIN DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA

BOLETIN DE LA INSTITUCION LIBRE DE ENSEÑANZA
MADRID, 31 DE JULIO DE 1920

LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA es completamente ajena a todo espíritu e interés de comunión religiosa, escuela filosófica o partido político; proclamando tan sólo el principio de la libertad e inviolabilidad de la ciencia y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas.—(Art. 15 de los *Estatutos*.)

Domicilio de la *Institución*: Paseo del Obelisco, 14.

El BOLETIN, órgano oficial de la *Institución*, es una Revista pedagógica y de cultura general, que aspire a reflejar el movimiento contemporáneo en la educación, la ciencia y el arte.—Suscripción anual; para el público, 10 pesetas; para los accionistas y los maestros, 6.—Extranjero y América, 20.—Número suelto, 1.—Se publica una vez al mes.

Pago, en libranzas de fácil cobro. Si la *Institución* gira a los suscritores, recarga una peseta al importe de la suscripción.—Véase siempre la *Correspondencia*.

AÑO XLIV.

MADRID, 31 DE JULIO DE 1920.

NUM. 724.

SUMARIO

PEDAGOGÍA

Defectos de la educación en los Estados Unidos que la guerra ha puesto de relieve, *por el Dr. Charles W. Elliot*, pág. 183.—La formación de los hábitos motores en el sistema de Amorós (*conclusión*), *por M. J. Philippe*, pág. 197.—Colonias escolares, *por el Dr. D. Luis Calandre*, página 202.—La educación de los adultos y la Residencia de Estudiantes, pág. 207.—Revista de revistas: Estados Unidos de América del Norte: «The Journal of Educational Psychology», *por D. D. Barnés*, pág. 213.—Francia: «Revue Pédagogique», *por D. D. Barnés*, pág. 215.

ENCICLOPEDIA

La conferencia internacional del trabajo de Washington, *por D. Adolfo Posada*, pág. 216.

INSTITUCIÓN

IN MEMORIAM: Institución Libre de Enseñanza en Barcelona, *por Juan Caballero*, pág. 222.—Ante el maestro, pág. 223.—D. Francisco Giner de los Ríos, pág. 224.—Libros recibidos, pág. 224.

PEDAGOGÍA

DEFECTOS DE LA EDUCACIÓN EN LOS ESTADOS UNIDOS QUE LA GUERRA HA PUESTO DE RELIEVE (1)

por el Dr. Charles W. Elliot.

La guerra ha revelado al público de los Estados Unidos el hecho inesperado de que existe gran ignorancia entre su población, ignorancia repartida desigualmente entre los diferentes Estados, pero que en su proporción total alcanza al promedio desconsolador de 7,7 por 100. Esta falta

de educación hizose evidente en el Ejército y en la Marina, cuando el Gobierno se propuso habilitarlos rápidamente por medio de la conscripción, y pudo comprobarse inmediatamente que constituiría un serio obstáculo para la pronta instrucción militar del ejército activo del Gobierno. El público advirtió al punto que el perfeccionamiento de la educación era asunto de interés nacional, que nunca debió haberse confiado a los Estados sin la intervención del Gobierno nacional. Aun cuando la falta de mayor educación y sus consecuencias se revelaron con la guerra al pueblo norteamericano, el público entero comprendió inmediatamente que la lucha contra la ignorancia no debía limitarse al tiempo de la guerra. Comprendió que la lucha contra la ignorancia era asunto más vital aún para la nación en tiempos normales que en la época anormal de la contienda, de manera que hoy el pueblo en masa está preparado a apoyar, y hasta a exigir, todas las partidas que el Congreso juzgue necesarias en el presupuesto, a fin de que el Gobierno nacional preste ayuda eficaz a los Estados para el mejoramiento de la educación. Existe cierta deficiencia, que la guerra ha puesto de relieve, en la educación en los Estados Unidos, deficiencia que el Congreso y la Administración gubernativa deben proceder a remediar prontamente.

La organización e instrucción del Ejército nacional hizo patente también la circunstancia de que parte muy considerable de los jóvenes obligados al servicio militar

(1) Discurso pronunciado en Carnegie Hall, Nueva York, el 23 de noviembre de 1918 y publicado en *Anales de Instrucción Primaria*, tomo XVII.—Montevideo.

no poseía debidamente el idioma inglés, y que esta ignorancia hacía más difícil producir en corto tiempo una Marina y un Ejército eficientes. Individuos y agrupaciones particulares habían observado de antemano que la falta de conocimiento del inglés en los trabajadores extranjeros dificultaba muchas veces la eficiencia y producción de varias industrias norteamericanas, y habían tomado algunas medidas para remediar localmente este mal. Pero tales esfuerzos estaban necesariamente limitados por la falta de dinero y podían solamente hacer el efecto de una gota en el océano. Aquí también se discierne el interés nacional y la necesidad urgente de partidas inmediatas del Gobierno nacional, para ayudar todos los esfuerzos de los Estados y Municipios para enseñar el inglés, tanto a los niños y a los adultos como a los extranjeros. La mejor manera de procurarlo sería señalar una contribución monetaria por cada alumno que hubiera terminado un curso de instrucción que abrazara determinado número de lecciones y presentado el examen requerido por el *Bureau* nacional de educación. Esta dificultad en el Ejército y en la Marina de los Estados Unidos, lo mismo que en varias importantes industrias norteamericanas, se ha producido a causa de la atracción que ejerce el país en todo sentido sobre las razas extranjeras, y es deber del Gobierno nacional contribuir a eliminarla. El renovamiento de la inmigración de Asia y de la Europa meridional decidirá si esta nueva función del Gobierno haya de asumir un carácter permanente. Es posible que la gente que venía en gran número de aquellas regiones imagine que, dadas las nuevas condiciones de paz, la vida será suficientemente buena en su tierra natal.

La recluta reveló asimismo la existencia de las enfermedades venéreas entre la población civil de los Estados Unidos, tanto urbana como rural, en proporción tan elevada, que ha aterrado a la nación entera. Los Departamentos de Guerra y Marina pusieron a la obra inmediatamente para curar esta plaga en el Ejército y en la Armada y evitar la diseminación

del mal terrible y destructor entre las fuerzas militares y navales. La campaña que emprendieron ambos Departamentos en contra de este mal en las barracas, campos y acantonamientos de soldados y marineros en la Patria y en el exterior tuvo éxito rápido y feliz. Mantener y desarrollar después de la guerra la campaña contra estas enfermedades tan sumamente contagiosas requerirá grandes partidas en el presupuesto del Tesoro nacional y el sostenimiento de un Cuerpo numeroso de empleados de salubridad pública, bajo la dirección de la División de enfermedades venéreas, que ha sido ya creada en el Departamento de Hacienda.

Este servicio de salubridad pública exigirá la cooperación de todas las escuelas de los Estados Unidos, de todas las iglesias e instituciones religiosas, como las Asociaciones cristianas de hombres y mujeres, los Knights of Columbus (Caballeros de Colón) y la Sociedad de Beneficencia judía; los hospitales, asilos, dispensarios, organizaciones de caridad y clubs de hombres y mujeres en toda la nación. Antes del estallido de la gran guerra en Europa, no habría sido posible obtener esta cooperación. Ahora sí lo es, porque el público norteamericano comprende que las enfermedades venéreas sólo pueden disminuirse permanentemente o restringirse mediante el empleo de todas las influencias educadoras que la comunidad entera puede ejercer. Entre los medios propuestos por la División creada en el Departamento de Hacienda, figura el uso de bibliotecas públicas en toda la nación, provistas de libros cuidadosamente seleccionados para los padres de niños entre seis y doce años, para niños y niñas que no hayan llegado a la pubertad, para jóvenes de ambos sexos, para los prometidos y los casados, y para los maestros y empleados sociales. Debemos a la guerra esta organización nacional permanente para la defensa de la sociedad moderna contra los graves peligros a que se halla expuesta. El Gobierno de los Estados Unidos es el único que hasta ahora ha emprendido la tarea de proteger eficazmente a la sociedad moderna

contra el flagelo que castiga con destructora severidad la lascivia, la prostitución y el alcoholismo combinados.

La inspección aislada de las escuelas de niños y el examen médico de los jóvenes comprendidos en la recluta para el Ejército nacional han revelado un tanto por ciento de individuos defectuosos entre la juventud del país, muy doloroso para el norteamericano pensador. Muchos de aquellos defectos corporales son remediabiles; pero hasta ahora la organización y aplicación de los remedios y del proceso preventivo no han sido absolutamente adecuadas para competir con el mal. La mayor parte de las tentativas para remediar y prevenir estos defectos se ha llevado a cabo en las ciudades y villas; pero ni el Gobierno nacional ni los Gobiernos de los diferentes Estados, se han preocupado todavía seriamente del problema general. Tanto el Gobierno nacional como los de los Estados, deberían proyectar y llevar cuanto antes a ejecución el ensanchamiento amplio de las funciones del médico examinador, de las enfermeras de las escuelas y de los distritos, y todos estos empleados deberían dedicarse durante todo el trascurso del año a descubrir y remediar los defectos y las enfermedades de los niños, y propender a la educación de los padres y de los mismos niños en cuanto a la acción conveniente para curar aquellos defectos y prevenirlos en los hogares.

Estos empleados permanentes deberían asimismo dar instrucción pública con respecto a la dieta, nutrición, viviendas, limpieza comunal y a los medios terapéuticos de contrarrestar las epidemias. Deberían desempeñar sus puestos a expensas del Municipio y hacer accesible dicha educación gratuitamente a todos los forasteros de cualquier edad, raza o condición. Esta clase de educación pública es la más legítima en una democracia, porque es la que más beneficia directa e inmediatamente a toda la comunidad. Sería conveniente que se le imprimiera al punto un vigoroso comienzo, y que tanto la Administración gubernativa nacional como la de los Estados y Municipios, tomara parte en la buena

labor. Con el fin de que los padres y madres del porvenir puedan comprender perfectamente la instrucción que habrán de recibir más tarde de los médicos, enfermeras y empleados de salubridad, deberían recibir oportunamente los niños de las escuelas la instrucción necesaria en Química, Física y Biología, para penetrarse de lo que quiere decir dieta absoluta para un párvulo, un niño o un adulto, y las lecciones convenientes, para ambos sexos, del proceso de cocinar y servir los alimentos en forma saludable. Esta proporción de ciencia aplicada debería enseñarse a todos los niños de ambos sexos, antes de llegar a los 16 años, en todas las escuelas de los Estados Unidos, y ninguna materia, salvo el estudio del inglés, debería tener mayor cabida en los programas escolares que dicha forma de ciencia aplicada.

La guerra ha aumentado en Europa la mortalidad infantil, y disminuído el promedio de nacimientos en casi todas las naciones, y estos infaustos acontecimientos han atraído la atención del pueblo de los Estados Unidos a la gran mortalidad infantil dentro de nuestra propia Patria, especialmente en los lugares donde hay congestión de población. La difusión de los conocimientos en cuanto a los elementos de higiene personal y de la comunidad entre todas las clases sociales es el medio mejor de disminuir la mortalidad infantil. Para promover esta reforma, sería muy de desear que el Gobierno nacional aproveche el momento actual para insistir en que el registro público de nacimientos, muertes y enfermedades sea obligatorio en todos los Estados Unidos. En vastas áreas de la nación no existe al presente registro de ninguna especie.

El franqueo de muchas industrias y empleos para la mujer, que aparentemente es consecuencia del alistamiento de las mujeres en trabajos nuevos durante la guerra, reclama la atención a los fenómenos del matrimonio tardío, reducción de nacimientos y gran mortalidad infantil, que verosímilmente son resultado del empleo de multitud de mujeres en industrias de maquinarias en espacios cerrados. Este es un tema

de estudio muy importante para el Departamento nacional y el de los Estados, y para los *Bureaux* de labor y salubridad pública. Toda campaña eficaz contra estos males debe ser necesariamente una campaña de educación gratuita sostenida con fondos públicos.

La tuberculosis es otra plaga muy extendida, que sólo puede combatirse con éxito mediante un proceso educador verificado por el esfuerzo combinado de la Administración gubernativa nacional, de los Estados y municipal, hábilmente conducida para dominar la ignorancia general del pueblo bajo en esta materia. La profesión médica y la filantropía privada han enseñado la manera de disminuir la enfermedad de la tuberculosis y su mortalidad, debilitando el gran obstáculo a la prosperidad nacional y la felicidad particular que constituye esta dolencia; pero únicamente el Tesoro público puede subvenir a los gastos de una campaña activa y comprensiva contra tan arraigado mal.

El Gobierno nacional ha realizado con éxito, durante los 19 meses de la guerra, algunas tentativas para destruir los horribles flagelos del alcoholismo, la tuberculosis y las enfermedades venéreas, después que la guerra ha terminado. Los Estados y los Municipios deben aunarse para esta labor, y es deber de toda fuerza educadora de la nación, Universidades, Colegios, Institutos técnicos, Juntas escolares, Escuelas de Medicina y Escuelas Normales, unirse asimismo para salvar a la generación que se levanta de los defectos físicos y morales que la oprimen, librar a la generación venidera de las enfermedades provocadas por el vicio y la ignorancia, de cuyos resultados han sufrido tan intensamente sus predecesoras. De este modo, contribuirán a desarraigar los defectos de la educación en los Estados Unidos, que la guerra ha puesto de relieve aun cuando existían hace largo tiempo.

La guerra ha hecho comprender a millones de jóvenes y otros tantos millones de padres, parientes y amigos, que la nueva táctica de la guerra, en la cual se verifican innumerables aplicaciones de la Ciencia,

de la Química y de la Física, el soldado marino necesita inteligencia, iniciativa personal, sentidos bien educados y pericia de la vista, del oído y del tacto. Todas las potencias beligerantes han aprendido esta lección. Han aprendido que el Ejército y la Armada necesitan amplia proporción de obreros hábiles en el campo, tanto en el frente de batalla como detrás de las líneas. Han aprendido que cada soldado raso o marinero necesita comprender las órdenes y recordarlas, y comprender el plan y objeto de determinado ataque, de manera que pueda desempeñar su parte aun cuando no quedara oficial o sargento para dirigirle. De consiguiente, si una nación puede verse compelida a poner en poco tiempo un ejército activo sobre las armas, las escuelas deben atender constantemente a la educación de la memoria y de los sentidos y a cultivar la habilidad. Todas las escuelas de los Estados Unidos deberían agregar a su programa actual, basado esencialmente en la Literatura y en las Matemáticas, el estudio de las Ciencias de observación, de las artes y de la ingeniería, de los elementos de música, dibujo, modelado y arquitectura, y acostumbrar a los alumnos a ejercitarse en el uso de la vista, del oído y de las manos en labor productiva y en el método inductivo del razonamiento.

La guerra ha patentizado, además, en todo el mundo, la necesidad de agricultura más profícua, y ha demostrado que esta necesidad puede satisfacerse procurando a niños y adultos la instrucción conveniente acerca de los medios de aumentar la producción agrícola, mediante el estudio del terreno, las semillas, las plantas alimenticias, animales domésticos, y la mejor manera de cultivar y fertilizar la tierra. De aquí se desprende que el estudio de las ciencias y artes relacionadas con la Agricultura debería constituir parte muy importante de la educación de los niños, tanto en las poblaciones como en el campo. Afortunadamente, el arte agrícola ofrece medios admirables para educar a niños y adultos en la observación exacta y la manera de anotarla, y luego, en el razonamiento sólido fundado en esas observaciones.

La guerra ha revelado a la masa del pueblo algo que hasta entonces pocos conocían: que el testimonio de los hombres es generalmente digno de poca fe, no tanto porque el individuo pretenda engañar, sino porque no sabe ver, oír o describir correctamente lo que sucede en su presencia. Esta incapacidad de ver, oír, palpar y describir con exactitud no está limitada en manera alguna a la gente ignorante o falta de educación. Muchos norteamericanos profesionales, que han recibido educación superior, jamás han tenido la instrucción científica a que nos referimos, jamás han usado un instrumento con precisión, no poseen habilidad manual alguna, y son incapaces de dibujar, de cantar o de tocar ningún instrumento musical. Su educación entera se ha mantenido en las regiones de los Idiomas, Literatura, Filosofía e Historia.

Su hábito de pensar adolece de vaguedad, oscuridad y falta de precisión y sus escritos o sus palabras revelan igual deficiencia. Tales hechos demuestran vigorosamente la necesidad urgente de modificar en forma radical el programa de las escuelas elementales y secundarias de los Estados Unidos. No deben contraerse exclusivamente a los Idiomas, Literatura y elementos de Matemáticas. Deben dedicar parte considerable de su tiempo a las ciencias y a las artes, y a que cada alumno adquiera habilidad especial de la vista o de las manos, si no de ambas, y hacer más intensa al mismo tiempo en vez de aminorar la facultad de retención, la distinción entre lo verdadero y lo falso, lo cuerdo y lo insensato, lo bueno y lo malo, la selección de premisas y el razonamiento sólido.

Para introducir las nuevas materias y el nuevo método en las escuelas en funcionamiento en los Estados Unidos, sería necesario reducir un poco el número de períodos asignados a los cursos de memoria y a las Matemáticas, utilizar más horas del día escolar y acortar también las largas vacaciones del verano. Las nuevas materias y métodos requieren esfuerzo físico a la par que mental, de manera que pueden añadirse al programa escolar sin temor de afec-

tar la salud de los niños, a condición de que las salas de la escuela, talleres y laboratorios estén bien ventilados. Más aún: gran parte de la instrucción en Geografía y Agricultura puede darse al aire libre, asistiendo los maestros a las excursiones necesarias.

Es parte esencial del nuevo método de educación que se estimule a los alumnos a trabajar con entusiasmo en todas las materias, incluso las literarias, interesándolos en descubrir las cosas por sí mismos en vez de hacérselas conocer por medio de lecturas sobre los objetos y acontecimientos o decírselas de viva voz. Con tal objeto, la enseñanza debe ser lo más concreta que sea posible, y todas las materias, incluyéndose, por supuesto, los temas literarios e históricos, deben ilustrarse con el estudio de los personajes, lugares, mapas, diagramas y fotografías. Es indispensable para el éxito en las nuevas materias que los alumnos hagan uso de sus propios ojos y manos y describan y coordinen por sí mismos sus observaciones. En el estudio de las notas y apuntes que de sus observaciones hubieren hecho, debe aplicarse su propia facultad de retención, clasificación y expresión.

(Concluirá.)

LA FORMACIÓN DE LOS HÁBITOS MOTORES EN EL SISTEMA DE AMORÓS (1) por M. J. Philippe.

(Conclusión.)

III. Intuición y movimiento.

«... Sacando... no ya solamente de su cuerpo, sino primeramente de su espíritu... la arquitectura de algún admirable salto, que había nuevamente inventado» (2).

• En la intuición entran conjuntamente sensación, entendimiento y actividad. Como éstos provienen, de una parte, de lo que hace que la conciencia conozca, y de

(1) Véase el número anterior del BOLETÍN.

(2) A. Tuccaro: *Dialogues sur le saut* (1599).

otra, de los elementos orgánicos del temperamento y del carácter que concurren al despliegamiento de nuestra actividad personal, la intuición nos sirve para conocer y para actuar. Es, pues, esencialmente compleja y, por consiguiente, refractaria al análisis (1). En cuanto no ensaya el someterla a los procedimientos a que nos hemos habituado para organizar nuestras demás formas de pensamiento, se disocian sus elementos; se desvanece, porque, siendo esencialmente particular, no admite ningún grado de generalización; además, siendo inmediata y primitiva (*genuina*), no se puede hacer en ella distinción de sujeto y objeto. Es, además, poco menos que imposible definirla, puesto que nuestras definiciones emplean, sobre todo, palabras abstractas, que presentan al espíritu algo muy distinto de la intuición y la arrojan del pensamiento consciente (2).

¿No es esta resistencia a los procedimientos del pensamiento teórico lo que hace a la intuición eficaz para engendrar movimientos cuyo conocimiento ha llevado ella a la conciencia? Si es así, ¿se puede determinarla mejor que considerándola del lado de la actividad? Quizá el estudio del papel que representa en la técnica mental de ciertos sistemas de educación motora suministrase a la Fisiología un medio de

(1) «El hombre así formado —dice Taine— no percibe los objetos por fragmentos y por medio de palabras, como nosotros lo hacemos, sino en bloque y mediante imágenes. Sus ideas no están desarticuladas, clasificadas, fijadas en fórmulas abstractas, como las nuestras: brotan íntegras, coloreadas y vivas.» (*Philos. de l'art.*, t. I, pág. 215.)

(2) «Hay en el alma ideas de las que no tienen conciencia alguna..., que no se manifiestan ni se producen más que por la exactitud y la precisión de las acciones que ellas dirigen.» Grimaud: *Physiol.*, página 411. En otro sitio habla de los «conocimientos intuitivos, que están en el alma sin que ella se dé cuenta, aunque imprimen la marca de su carácter a todo el sistema de conocimientos reflejos, y que este carácter indeleble deviene el fundamento de las relaciones que existen, de una manera necesaria, entre las afecciones físicas y las afecciones morales.» (pág. 327). «Puesto que no sois más que un profano ignorante (de nuestra ciencia) —dice el iluminado a Cazotte—, yo os instruiré de lo que por la instrucción sola se os ha revelado ya.» (Gérard de Nerval, pref. al *Diable amoureux*, pág. XXII).—Los contemporáneos de Amorós oponen constantemente la intuición, conocimiento realista, completo y actuante a la ciencia didáctica (véase V. Hugo, etc.).

sorprender, en el momento de su actividad, esta operación, que, según la frase de Jullien (1), trata de introducirse en los repliegues más secretos de la naturaleza humana. Se aportarían así algunas aclaraciones sobre el origen de nuestros movimientos.

Dos discípulos (en Pedagogía) de Pestalozzi han fundado su sistema de educación motora sobre la intuición, que cada uno de ellos interpreta según sus puntos de vista personales: el uno, como metafísico; el otro, como naturalista y psicólogo. La teoría de Pestalozzi (si tiene alguna sobre la intuición) deja, por lo demás, a cada discípulo plena libertad de elegir la dirección que prefiera.

Fichte, en perfecta comunión de idea con el fundador de la gimnasia alemana, se dirige al único aspecto activo de la intuición, y disocia en él, para obtener del organismo su pleno rendimiento, lo que se refiere al conocimiento y lo que enlaza la inteligencia alemana a la divinidad. Amorós, por el contrario, siguiendo aquí, como en todo, el método inductivo, no analiza los elementos de la intuición y no admite esa disociación del actuante y del consciente, que rompería la unidad fisiológica y moral del hombre. Ascende, desde los elementos orgánicos e instintivos, que están en la base de la intuición por grados de una experiencia en que la conciencia se ilumina cada vez más, hasta la conciencia moral en la cima de la personalidad. La beneficencia (en el sentido total de la palabra) es el objeto de su gimnasia.

Tratemos de sacar de los escritos y de las obras pedagógicas de Amorós la fórmula teórica y la aplicación práctica de esta concepción.

Sobre las fórmulas teóricas de la intuición, Amorós es muy conciso, y no habla de ellas más que en dos o tres pasajes de sus escritos pedagógicos. En 1820, en un discurso inaugural de su curso sobre Edu-

(1) M.-A. Jullien: *Esprit de la méthode de Pestalozzi*, 1832, tomo I, página 163.—Biran, que trabajó mucho, al mismo tiempo que Amorós, en la Sociedad para la Instrucción elemental, le parece a Jullien uno de los raros franceses que supieron «clavar la mirada en el acto intuitivo».

cación física, la cita entre los seis principales fundamentos de su método (1): simple mención sin definir ni explicar, considerando, sin duda, suficiente lo que había dicho, en 1815, en una *Memoria a la Sociedad para la Instrucción elemental*. En ésta había simplemente reproducido, suprimiendo lo que no encajaba en su concepción (2), una descripción de la intuición dada por los pestalozzianos notables (3).

«La gran preocupación de Pestalozzi — escribe Compayré — había sido la de simplificar los procedimientos de intuición,

(1) Amorós: *Discours à l'ouverture du cours d'Éducation physique gymnastique et morale* en la Institución Villodon, 1820. «Todo método que no tiene una dirección constante y general, fundada sobre un buen principio, es imperfecta. Yo he dado a la mía seis bases principales o puntos de apoyo, de los que nunca me aparto: la intuición, la circunducción, la emulación, el sistema mutuo, la simultaneidad y la moralidad. Sería largo de explicar en qué consiste cada una de estas partes de mi método.» (pág. 9).

(2) Amorós: *Mémoire à la Société pour l'Instruction élémentaire*, París, 1815, páginas 11, 47 y 48.

(3) *Intuitivo, intuición*. — Estas palabras, derivadas del latín *intuitus*, que significa *ver, considerar de cerca* y a fondo, se las emplea hoy en el lenguaje filosófico para designar la vista del sentido interior o del alma. La impresión recibida por los sentidos exteriores, principalmente por el de la vista, se comunica inmediatamente al alma, que adquiere por ello el sentimiento de la conciencia del objeto ^a.

«Esta representación del objeto, cogida por el alma, se llama *intuición*. Puede llegar a ser tal, que el hombre, con ayuda de la imaginación y de la memoria, goza de la vista de todos los objetos, cuya sensación distinta le ha transmitido su ojo, aun cuando estos objetos no hieran el ojo, y con la misma viveza que si los tuviera siempre presentes.

«Una instrucción *intuitiva* es, pues, la que hace que el niño toque, con el dedo y con la vista, lo que se le enseña, aun las verdades más complicadas ^b. Es necesario aquí que pueda *ver con sus ojos* ^c la evidencia, que pueda, por decirlo así, *palparla*. Se comprende fácilmente que, si se puede encontrar el medio de conseguir tal resultado, la marcha del niño será necesariamente la más *segura* y la más *acertada posible* (Chavannes).»

M.-A. Jullien (*Méthode de Pestalozzi*, t. II, pág. 65), a quien se refiere Amorós, se había contentado con citar la definición dada por Chavannes (*Exposé de la méthode de Pestalozzi*, Genève, 1809), el cual escribía; en *a*: el sentimiento o la conciencia del objeto...; en *b*: los más complicados (a los cuales se llega siguiendo una marcha siempre gradual, después de haber partido de las nociones elementales más sencillas)...; en *c*: que él pueda ver con sus ojos. — Jullien había reproducido íntegramente el texto de Chavannes. Amorós suprime el pasaje entre paréntesis, que ha conducido a Pestalozzi a mecanizar la educación.

para hacer fácil su manejo aun a los ignorantes. Quería llegar así a un método cuya completa eficacia dependiese de la sencillez de sus resortes, no de la habilidad del que lo practica, como una máquina, hasta tal punto perfecta en la precisión de las piezas que la componen, que el obrero más torpe consiga hacerla funcionar.» El objeto de Amorós, por el contrario, es enseñarnos a pasar del gesto involuntario (*instintif*), o de la potencia automática que la Naturaleza emplea sin darnos cuenta nosotros, a las aplicaciones conscientes, espontáneas, *previstas y estudiadas* (1).

Siendo este su pensamiento, separa todo lo que acusa mecanismo; por esto en lugar de insistir, como Pestalozzi, en hacernos partir de nociones elementales simplificadas, suprime del texto pestalozziano la fórmula de simplificación que puede conducir al mecanismo (2).

Supresión tanto más significativa cuanto que amputa un texto tomado de la obra de Jullien, sobre el cual Amorós contaba para hacer adoptar su sistema por la Sociedad de Instrucción elemental. Por muy cortésano que fuese para hacer triunfar su método, no quiso transigir sobre un principio tan fundamental. La preterición, por lo demás, es aquí más hábil que una discusión, puesto que le deja libre para criticar, algunas páginas más adelante, el mecanismo de Lancaster, sin que parezca reprochar a Pestalozzi haber querido «mecanizar» la educación.

Este primer cambio desliga del mecanismo nuestras instrucciones motoras y deja el campo libre a la espontaneidad. Inmediatamente después, Amorós señala, especificando la función de la conciencia en su educación motora, por qué su intuición motora difiere de la de Pestalozzi. «Las impresiones de los sentidos, escribía Jullien, se comunican al alma, que de ellas adquiere inmediatamente el sentimiento o conciencia de su objeto.» Amorós reúne estos dos términos disociados y dice: «el alma adquiere (por intuición) el sentimien-

(1) *Manuel*, tomo II, páginas 117 y 129.

(2) Cf. *Gymn. Normal*, 128, página 125.

to *de* la conciencia del objeto». Si el cambio verbal es ligero, la transformación de la idea es completa; es posible darse cuenta mejor confrontando los pasajes en que Amorós nos muestra los movimientos de una manera más o menos estrecha, pero necesaria (1). En efecto, este sentimiento de la conciencia del objeto es el que reúne el aspecto inteligible y el aspecto sensitivo de la intuición, el obrar y el saber inseparables en nuestros estados motores considerados en su forma realizadora.

Hechas estas reservas, Amorós se refiere, para el pormenor de la teoría, a las páginas en que Jullien expone «esa filosofía de la intuición que trata de insinuarse en los más secretos repliegues de la naturaleza humana».

Siendo la vida misma objeto y pensamiento, la intuición participa, a la vez, del obrar y del saber.

Bajo su forma intelectual, se la puede comparar a esos gérmenes primitivos de un pensamiento que sentimos en nosotros antes de percibir los signos verbales mediante los cuales acostumbramos a expresarla. Rodeando de una luz más viva y más clara, los elementos primeros y esenciales del objeto cognoscible, les da más fácil y más seguro acceso al espíritu. Si la intuición no interviniera para los objetos desconocidos, en vano haríamos llamamiento a las demás nociones que existen ya en nuestro espíritu —ninguna de las cuales nos procuraría el nuevo conocimiento que nos da esa intuición.

Obrando del mismo modo del lado de los elementos activos, por una manera análoga y conexa relacionada a la del conocimiento (y que recuerda la función del esquema), la intuición descubre a la conciencia, en el laberinto de nuestro organismo motor, las posibilidades de movimientos salidos de la constitución natural de nuestros órganos y de las leyes que esta constitución impone a nuestros movimientos. Nosotros descubrimos estas leyes, dice Amorós, probando, experimentando

sus aplicaciones. Así, la intuición organiza, al mismo tiempo que nos la revela, esas fuerzas motoras, cuya clasificación desarrolla Amorós en el capítulo VII del *Manuel d'éducation physique et morale* «según sus propias observaciones».

La califica así para mostrar bien que la hace derivar menos de la mecánica que de nuestros datos de conciencia.

Si la abstracción interviniese en estos actos intuitivos, eliminaría la actividad motora, porque ésta es una fuerza primitiva, que no podemos obtener más que separando toda forma de abstracción: es decir, en estado naciente. Cuando de ello adquirimos conciencia en este estado, sentimos entonces: de una parte, los lazos que unen a ella los sentidos interiores (los cuales proporcionan las impresiones de nuestra naturaleza intelectual y moral, cogidas por el espíritu y *el sentimiento*); de otra parte, los lazos que la unen a los sentidos externos, desde el tacto hasta la vista. Reunidos por el sentimiento *de* la conciencia, estos dos órdenes de sentidos son correlativos. De un lado, está en el sentimiento del origen del conocimiento; del otro, el origen del movimiento.

Se entrevé ahora cómo nuestras sensaciones objetivas pueden ayudar a la memoria para organizar nuestros movimientos; por su parte, el sentimiento de las sensaciones internas nos ayuda a construir dentro de nosotros y a organizar la mecánica fisiológica y mental de nuestros movimientos, aproximadamente como el niño construye esa geometría subjetiva de que habla el método Pestalozzi.

Tocamos aquí lo que se podría llamar la fórmula mental de realización del movimiento voluntario en el sistema de Amorós. ¿Podríamos decir que esta fórmula envuelve una teoría de la imagen motora?

En el estado actual de nuestros conocimientos, es generalmente bajo la forma puramente verbal como el psicólogo describe nuestras imágenes motoras. Este calificativo en la clasificación de nuestras imágenes mentales, casi no corresponde a una sensación realizadora del movimiento: no designa más que una representación abstracta, una figuración que es hasta es-

(1) *Manuel*, tomo I, página 185. Los movimientos voluntarios están encadenados de una manera más o menos estrecha, y como necesaria, aunque mediata, con los fenómenos del sentimiento.

quemática. Se colocan las imágenes motoras en el mismo plan que las visuales y las auditivas, aunque vienen casi todas de sensaciones internas, mientras que las otras proceden de los sentidos objetivos, de presencia externa. A decir verdad, no son imágenes motoras, sino imágenes de movimiento en estabilidad. Amorós cuida bien de mostrar las diferencias que de ello resultan para la realización de los *movimientos*, cuya intuición nos proporciona juntamente el esquema y los elementos. Por lo cual, su concepción nos parece más realista que las descripciones que tratan la imagen motora como si se pareciese a las imágenes de los objetos exteriores; ¿puede decirse, sin embargo, que formula una teoría de la imagen motora que nos hace realizar el movimiento?

En una serie de investigaciones sobre aquellas de nuestras imágenes mentales, que quedan sujetas a la evolución y a la disolución, se ha mostrado que transformaciones les hacen sufrir las tendencias generalizadoras del espíritu humano (1).

Las verdaderas imágenes motoras escapan a estas alteraciones, precisamente porque resisten a la generalización; no pueden existir y obrar más que concretas y particulares, como lo ha demostrado Th. Ribot, en su último libro (2).

Incidentalmente, Abramowski (3) ha señalado otro de sus caracteres, no menos esencial a nuestro juicio: su precisión no se deforma en la memoria, es decir, que ella no puede ni evolucionar, ni disociarse. La causa, que él no indica, está en que nosotros no podríamos utilizarlas para nuestros movimientos, si cesasen de permanecer, tales como nos las había dado la experiencia del movimiento que ellas recuerdan (4). Deformadas, sería preciso reemplazarlas por otras que reprodujesen

más exactamente ese movimiento, mediante el cual habíamos pedido a la intuición (según el lenguaje de Amorós) que nos diese juntamente los elementos de representación y los de realización.

Siendo tal el vacío de las descripciones de imágenes motoras en la Psicología contemporánea, no se puede pedir a la obra de Amorós que nos presente una teoría de ello; contentémonos con examinar si la manera como hace que funcione la intuición en la organización de nuestros movimientos ofrece los preliminares que podrán más tarde ayudar a determinar los caracteres de las verdaderas imágenes motoras, únicas capaces de restaurar los movimientos cuya sensación representan.

El estado mental que nos sirve para esquematizar la realización de un nuevo movimiento resulta de una atención dirigida no sobre una imagen representativa, sino sobre elementos motores de que nos hemos ya servido para realizar otros movimientos análogos al de que se trata. Por nuestras experiencias anteriores, es decir, por el recuerdo práctico que nos han dejado esos otros movimientos, sabemos, habiéndolo ya experimentado, cómo podemos pasar de esta imagen a su realización; pero ignoramos, no habiéndolo todavía experimentado, cómo forman la nueva imagen, que nos dará una realización nueva, un movimiento que todavía no hemos realizado. No es que tengamos que formar esta imagen de un modo completo; los elementos que la componen los tenemos presentes, si es que la educación motora ha seguido «esa gradación conforme a la naturaleza» que nos conduce a estados motores tangentes al que buscamos, aunque inmediatamente más complejos. En el método deducativo de Amorós, esta gradación es de tal modo esencial, que él la recuerda sin cesar, insistiendo cada vez sobre la necesidad de no separarse jamás, para conducirnos al descubrimiento práctico de los movimientos que no conocemos todavía; ella es la que nos pone en camino.

Formar la imagen motora de un movimiento desconocido no es, pues, crear sus elementos motores, sino organizar de una manera nueva elementos que ya poseía-

(1) *L'image mentale* (1905).

(2) Th. Ribot: *La Vie inconsciente et les Mouvements*, página 135.

(3) Abramowski: *Le Subconsciente normal*, páginas 255 y 257. F. Alcán.

(4) Mientras que, por el contrario, no podríamos, para nuestros conocimientos usuales, utilizar nuestras imágenes visuales o auditivas, si no evolucionasen en el sentido de la generalización y de la abstracción.

mos para realizarlos (1), sea que nosotros los hayamos ya experimentado (basta entonces llamarlos como recuerdos motores), sea que ellos existan y que nosotros los sintamos sin haberlos experimentado como simples posibilidades. En este último caso, por el tacto interno tenemos la sensación, preludeo de imagen, de sus modalidades, de las leyes del juego de nuestros órganos que nos permiten realizar esos movimientos futuros. Su imagen motora está, pues, incluida en nosotros, accesible a la conciencia motora, pero hace falta desprenderla: 1.º, llevando a la conciencia los ritmos de este movimiento, propios de nuestra constitución fisiológica, la cual nos presenta la materia de este movimiento y facilita el ponerlo en acción; 2.º, buscando por el tacto interno, por la conciencia, qué puntos en nuestras palancas óseas, en nuestros músculos y en nuestro sistema nervioso o cerebral, se encuentran allí preparados por las leyes naturales de la máquina humana y prontos a actuar para ejecutar ese movimiento, con exclusión de todo otro; 3.º, por un acto intuitivo que reúne todos esos elementos en un conjunto en que estará y se hará el acto motor.

Cuando toca estas cuestiones, a las cuales vuelve frecuentemente, aun cuando no pueda decirse que las aclare, Amorós insiste sobre el papel de la inteligencia; habla de *precisión, de atención, de comprensión*. No es difícil, después de lo que precede, recordando cómo gradúa la serie de los ejercicios educativos, interpretar la primera palabra. Entre los diferentes medios orgánicos de ejecutar un movimiento, cuya representación tenemos, la elección de nuestra voluntad está, por decirlo así, centralizada sobre el punto orgánico en que dará resultado; en conjunto, el recuerdo exacto de nuestras experiencias anteriores y la imagen motora del nuevo movimiento llevan a poner el dedo justamente sobre el resorte que imprimirá el

(1) El niño adquiere (por estos ejercicios) el sentimiento íntimo de las disposiciones de que le ha dotado la Naturaleza, y el curso de gimnasia deviene así un verdadero curso de lógica práctica. Jullien, tomo II, página 278.

movimiento, como se hace oscilar, tocando su punto sensible las viejas piedras caballerías del país de los druidas.

Menos fácil de determinar es el papel de la atención. Amorós habla de ello frecuentemente; en ningún sitio he encontrado que la explique mejor que lo hacen las páginas de Jullien (al cual se ha referido una vez para siempre), sobre la intuición. Estas no bastan para resolver la cuestión del origen de nuestros movimientos.

Pero en el estado actual de nuestros conocimientos, ¿podemos reprocharle que no vaya más lejos? ¿Qué sabemos nosotros más que él?

Investigando aquí hasta dónde este educador tan fino de nuestra motilidad lleva el análisis de la organización de nuestros movimientos, no hemos pretendido resolver el problema de su origen, sino solamente mostrar que las teorías de los prácticos de la educación motora pueden auxiliar al psicólogo para concretar cada vez más la cuestión, para plantear más netamente alguno de los elementos de su solución. Aunque no hubiera hecho más que establecer, gracias a un método de observación todavía rudimentario, la importancia del papel desempeñado por el ritmo, Amorós habría entrevisto lo que la Fisiología confirma hoy; si más tarde, otras investigaciones muestran igualmente lo bien fundado de sus puntos de vista sobre el papel de la conciencia tal como él la define y sobre el de la intuición, se confesará que su obra merece consideración, que su punto de vista es nuevo y que su teoría es sugestiva.

COLONIAS ESCOLARES

por el Dr. D. Luis Calandre.

I

Ahora que ya vino el buen tiempo y que las gentes acomodadas comienzan a proyectar su obligado veraneo, pensando con delicia en las temporadas de playa o de sierra, en las energías vitales que habrán de almacenar así para el próximo invierno, en las diversiones que podrán tener sus hijos

sanos, o en lo bien que han de ponerse sus hijos delicados, bueno será acordarse un poco de tantos y tantos niños infinitamente más necesitados de aire libre y de luz que se mustian todo el año y todos los años en sus casas, faltos de higiene, escasos de alimentos y a menudo ayunos de alegrías; esos niños anémicos y tristes que sólo recibieron por herencia un cuerpo empobrecido, aquellos niños que fueron hermosos y robustos, en los que comienzan a notarse las huellas de las privaciones, esos otros que salvaron con vigor una enfermedad y que no terminan de salir de la convalecencia, por faltarles el cuidado necesario.

Por caridad, por justicia y por amor a la raza, es preciso que las gentes sientan inquietudes por el completo desamparo en que viven tantos niños en la edad en que más necesitado se está de atenciones y de cuidados. En pocas naciones civilizadas se atiende menos a los niños que en España. Las cifras de mortalidad infantil alcanzan aquí proporciones descansadoras, y entre los supervivientes, hijos de familias proletarias, predominan constantemente los tipos débiles, anémicos y escrofulosos.

En las grandes ciudades, la angostura de las habitaciones, el hacinamiento de muchas personas bajo un mismo techo, la falta de luz y de higiene predisponen enormemente a que los niños enfermen de tuberculosis pulmonar, de meningitis, de tumores blancos, de escrofulismo, etc.

Una manera muy eficaz de auxiliar a estos niños, de beneficiarlos poderosamente en su desarrollo corporal, de fomentarles la salud, de evitarles caer en la tuberculosis, consistiría en hacerles pasar, siquiera sea por una vez al año, una temporada de campo, bien alimentados, limpios y jugando alegremente. Esto constituye la obra de las Colonias, las cuales, por hacerse generalmente para niños que se encuentran en el período escolar y aprovechando las épocas de descanso de sus estudios, se denominan «Colonias escolares de vacaciones».

En general, la organización de estas Colonias se realiza del siguiente modo: Los niños son elegidos entre los más pobres y

de las familias más numerosas. Son reconocidos por un médico, que selecciona los que, por el estado de su salud, mayores beneficios puedan obtener de la estancia en el campo. Como la Colonia escolar es una obra de preservación social, y no un sanatorio, se excluye siempre a los niños enfermos y a los que puedan tener alguna afección contagiosa. Los viajes, gastos de manutención, y en ocasiones hasta los vestidos, son proporcionados gratis. La dirección de la Colonia se encomienda a maestros que tengan vocación y aptitudes para esta labor, que no deja de ofrecer sus dificultades. La estancia en el campo o en la playa oscila entre tres semanas y tres meses; el término medio de un mes es lo más corriente. Conviene pesar a los niños y recoger ciertas medidas antropométricas antes y después de la estancia en el campo, para poder valorar los beneficios obtenidos. Los resultados de la estancia en las Colonias de vacaciones para los niños de la ciudad son maravillosos, traduciéndose por el buen aspecto, color sano, aumento de peso y mayor alegría.

Las Colonias de vacaciones constituyen una de las mejores medidas profilácticas contra la tuberculosis. Es preciso tener siempre muy en cuenta que el modo de evitar la tuberculosis, que tantos estragos produce, no está tanto en huir de los enfermos de tisis como en evitar los motivos de decaimiento orgánico y en fortalecer al organismo, ya que hemos de defendernos contra los propios bacilos de la tuberculosis que llevamos dentro de nosotros mismos, y que penetran en nuestro organismo, principalmente durante la infancia.

Los niños sólo habitan dentro de los edificios dedicados a la Colonia durante las horas de comer y dormir, o cuando tienen necesidad de cobijarse por el mal tiempo; en lo restante, siempre permanecen al aire libre, en el campo o en la playa, y en algunas comienzan a generalizarse, como modo de reforzar los beneficios de la estancia al aire libre, el empleo de los baños de sol, que son considerados hoy como un medio efficacísimo de fortalecer y tonificar al organismo.

Generalmente, se aprovecha la estancia en las Colonias para hacer excursiones instructivas por la región y para ejercer una cierta acción educativa sobre los niños, despertando en ellos hábitos de higiene, de auxilio mutuo, de confianza en sí mismos, de amor a la Naturaleza, etc.

La primera Colonia de vacaciones fué organizada por iniciativa del pastor M. W. Bion, de Zurich, que condujo sesenta y ocho niños de dicha ciudad a las montañas del cantón de Appenzell, donde permanecieron algunas semanas respirando aire puro y recibiendo una alimentación fortificante. Los resultados obtenidos fueron tan notables, que pronto fué seguido este ejemplo por los demás cantones de Suiza. Actualmente, las ciudades suizas envían a las Colonias más de ocho mil niños. En Alemania, antes de la guerra, existían unas doscientas Colonias, con un total de 17.000 niños. Francia envía más de treinta mil niños a sus Colonias de campo y de playa.

En España fueron iniciadas las Colonias en 1887 por el Museo Pedagógico Nacional, que envía ahora un promedio anual de cien niños a San Antolín (Asturias).

La Corporación de Antiguos Alumnos de la Institución Libre de Enseñanza, de Madrid, organiza desde 1894, con recursos allegados mediante donativos particulares, dos Colonias anuales, que envía a San Vicente de la Barquera (Santander).

El Ayuntamiento de Barcelona dispone de doce Colonias con residencia en Vilasar de Mar, Castelltersol, Esplugu de Francolí, San Felú de Codinas, Ayguafreda, San Cugat del Vallés, Collbató, Rubí, San Baudilio de Llobregat, Llinás del Vallés, Martorell y Esparraguera.

El Sanatorio de La Pedrosa (Santander) recibe niños enviados por ciertos Ayuntamientos. Y lo mismo pasa con el Sanatorio de Oza (Coruña).

Ciudades como Bilbao, Oviedo, Granada, La Coruña y otras envían o han enviado algunos años grupos de niños a Colonias de vacaciones.

La totalidad de niños a los que alcanza actualmente en España el beneficio de las

Colonias no creemos que exceda mucho de 1.500, cifra pequeñísima, si se la compara con las de otros países.

Véase, pues, la labor que en este sentido se hace por los niños en nuestro país, y piénsese en lo que aun queda por hacer para acercarnos a lo que en todas partes se va sintiendo como una necesidad; es decir, conseguir que casi todos los niños que viven en las ciudades, débiles o robustos, pudientes o no pudientes, vivifiquen sus energías, pasando cada año una temporada en el campo, en la sierra o en la playa.

Serán merecedores del agradecimiento de su Patria y de la Humanidad aquellos que impulsen el desarrollo de las Colonias ya oficialmente establecidas, contribuyan directamente con su dinero a las de fundaciones particulares o consigan la creación en cada provincia, en cada región, de nuevas Colonias escolares. El Museo Pedagógico Nacional, que desde hace treinta y cuatro años organiza Colonias escolares, podría sin duda suministrar, a los que por ello se interesen, datos valiosos sobre procedimientos de organización, coste aproximado, etc.

II

Poco es lo que actualmente se hace por estas Colonias en España. Es de desear que ese escaso número que hoy existe aquí se multiplique considerablemente, para que sus beneficios alcancen al mayor número de los niños de las ciudades; a ser posible, debieran alcanzar a todos ellos. Pero entretanto no se consigue esto, se hace preciso seleccionar a aquellos en los que la acción de las Colonias parece que haya de ser más fructífera y eficaz.

Desde hace años, al llegar esta época, recibimos el honroso encargo de elegir a los niños que han de formar dos Colonias escolares organizadas y costeadas por una simpática Asociación de personas, dignas por su celo y buen deseo de todo elogio (1). Nuestra misión consiste en elegir a los

(1) La «Corporación de Antiguos Alumnos de la Institución».

niños más débiles y rechazar a los más sanos y a los decididamente enfermos. Al practicar el reconocimiento de estos niños, es tal en general el estado de endeblez y de miseria orgánica que se observa en sus cuerpecitos, que la gran dificultad a vencer, no está en la elección de quiénes son los tipos apropiados para la Colonia, sino quiénes son los que deben rechazarse entre los que reúnen las condiciones de pobreza orgánica exigida, porque todos, con escasas diferencias, las reúnen. Y aun tenemos la convicción de que en estas últimos años, los niños que se nos presentan, quizás por las dificultades que progresivamente va ofreciendo la vida, van siendo más entecos y mezquinos.

De estos planteles de chiquillos enclenques es locura esperar generaciones robustas, alentadoras de un pueblo potente, ya que las clases proletarias, por ser con mucho las más numerosas, son las que en último resultado han de dar el tipo de vigor y de temple de los pueblos.

Los grupos de niños y de niñas que resultan elegidos suelen ofrecer, por tanto, un cuadro que sólo es apropiado para despertar consideraciones de un orden fisiológico, estético y social bien deplorable. Cierto que, a la vuelta de su estancia en el campo, los niños parecen otros; pero también es cierto que esta corta estancia en el campo no puede suprimir toda una herencia de privaciones, de alcoholismo, quizás de sífilis; una depuración constitucional traída desde el nacimiento.

Considerando este problema desde un punto de vista social y eugénico, hemos experimentado no pocas veces inquietudes y preocupaciones respecto de la bondad del procedimiento que se sigue habitualmente para elegir a los niños de las Colonias. Al poner toda nuestra atención, todo nuestro cuidado, en tratar de que los heredoalcohólicos, los heredotuberculosos, los heredosifilíticos y los heredohambrientos adquieran algún mayor vigor — que nunca será mucho —, dejando abandonados, en cambio, a los niños sanos, que también necesitan de atenciones y de cuidados, contribuimos realmente a realizar

una selección al revés, fomentando la perpetuación de los tipos de raza inferiores.

Preocupándose sincera y desinteresadamente por el porvenir de la raza — si es que es posible que podamos sentir inquietudes por nuestros descendientes, pasada ya la cuarta generación —, es evidente que ningún interés personal hay para que sean los descendientes de los unos, y no de los otros, los que hayan de persistir. Lo que puede importar es que los venideros sean los descendientes de los mejores, de lo más sanos, y no de los que por debilidad, enfermedad o intoxicación hayan de transmitir a su descendencia taras degenerativas.

Pueden seguirse tres orientaciones en la manera de seleccionar los niños para las Colonias:

1.º Elegir a los niños más fuertes, de antecedentes familiares más sanos, y de los que puede esperarse que lleguen a ser buenos ejemplares de raza, y a los cuales, por faltarles actualmente medios económicos, es preciso auxiliar para que no se malogren. Esta es la manera de enfocar el problema, con una concepción que pudiéramos decir «aristocrática».

2.º Elegir, movidos por la caridad, por el amor al prójimo, por el sentimiento de piedad que despierta siempre la contemplación de la miseria, a los niños más débiles y menguados, aquellos para los que la Naturaleza, en lugar de madre, fué madrastra. Este ha sido siempre el fondo de la concepción «cristiana».

3.º Aun cabe otra orientación: la de fomentar el tipo medio, el que abunda en la masa general. Esta podría constituir la orientación democrática.

Fomentar a toda costa el desarrollo y mejoramiento de los hombres mejor dotados, de los que puedan desenvolver al máximo las actividades humanas puede constituir la aspiración del biólogo y del eugénista. Es decir: ir entresacando de la masa general, desde niños, a los individuos más fuertes (en el más amplio sentido), de genealogía más sana, y proporcionarles los medios higiénicos, pedagógicos, etc., ne-

cesarios para el mejor desarrollo de sus aptitudes y capacidades, tendiendo a conseguir así la formación de un grupo de individuos excelentes, buenos ejemplares de raza y en camino de producir otros individuos aun más perfeccionados. Claro es que sin abandonar a los restantes individuos, entre cuya masa es donde siempre habría que ir a buscar a los individuos que sobresaliesen.

Este es el procedimiento seguido en otro orden de selecciones por los que, con fines científicos o industriales, tratan de obtener un cierto número de buenos ejemplares de animales o de plantas. Los que pretenden, por ejemplo, fomentar la cría de animales, bien se preocupan de elegir los mejores, los cuidan esmeradamente, los juntan sólo con otros de antepasados sanos, y es así como consiguen obtener tipos puros y fuertes. Nunca se piensa en perpetuar los perros tiñosos o los caballos endeble.

Desde este punto de vista, parece falta de sentido—de sentido social y biológico—la labor de buen número de nuestras instituciones de beneficencia. Tal ocurre en gran parte, con mucho, de la llamada lucha antituberculosa. Son de todos bien conocidas muchas de las causas determinantes de la explosión de lesiones tuberculosas: la habitación antihigiénica, la falta de aire, de luz y de limpieza; la escasa alimentación, el trabajo excesivo, etc., factores muchos de ellos evitables, o mitigables al menos, con un buen deseo y una concepción de la vida social menos egoísta que la que ordinariamente se tiene. Permanecemos insensibles ante las privaciones y las amarguras de la vida difícil, llena de privaciones, que tantas y tantas gentes sufren de continuo. Pero luego, cuando sobrevienen las catástrofes familiares, cuando la tuberculosis ha hecho ya presa en los organismos depauperados, entonces se nos inunda el corazón de compasión y emprendemos la lucida «labor social», costosísima y difícil, de atender a los tísicos, curando a los menos y alargando a los demás su triste e inútil vida, que siempre va dejando un rastro de contagios entre

los que inmediatamente les cuidan, y acaso el triste legado de una menor resistencia a sus descendientes. No queremos decir que se abandone a estos infelices, pero sí afirmamos que la Beneficencia no aplica el remedio en donde sería más eficaz.

Análoga cosa puede ocurrir con los Patronatos y Escuelas para anormales. Si esas instituciones se establecen con una finalidad científica para estudios e investigaciones pedagógicas o psiquiátricas, muy justificado está cuanto se gaste en ellas. Pero estaríamos equivocados si pensásemos que así se realiza una labor social positiva, mientras hay tantos niños normales faltos de todo medio de educación.

Lo habitual, desde el punto de vista cristiano, es sentirse afectado por el aspecto miserable de los niños enfermizos, y alargarles una mano caritativa que los reanime, siquiera sea momentáneamente. Su ideal terreno no suele trascender de ahí.

Este fondo cristiano es el que inspira el modo de elegir los niños en todas las Colonias de vacaciones. Su eficiencia para la sociedad nos parece tan discutible como la limosna que se da por caridad al mendigo, que sólo sirve para que pueda ir tirando, sin redimirle nunca de la mendicidad.

En el procedimiento de elección de los colonos, mueven más impulsos sentimentales que motivos serenamente razonados. Pongamos un ejemplo. Unos padres crían con sacrificios dos hijos. Uno de ellos, a consecuencia de enfermedades padecidas y de la alimentación deficiente, es enfermizo, anémico, en vías de tuberculizarse; tiene 12 años y parece tener sólo nueve. El otro, que ha pasado por las mismas duras pruebas, gracias a una mayor resistencia natural, se conserva aún sano y fuerte. Los padres solicitan para los dos hijos plazas en la Colonia escolar. «Sólo les admitimos al más enclenque». Del otro no parece ser necesario preocuparse. Y, sin embargo, sabemos con certeza que, continuando por el mismo camino, habrá de debilitarse también. Pero para que merezca nuestra atención, tendrá que espe-

rar a que ya esté demacrado, anémico, con el pecho hundido y quizás con su poquito de tos, es decir, cuando quizás sea ya tarde para poner remedio eficaz.

* * *

Si este modo de obrar, que suele hacerse extensivo a casi todos los aspectos de la Beneficencia, satisface los sentimientos de piedad, no cumple, en cambio, un papel eficaz en el perfeccionamiento de las colectividades. No es que creamos que sea lícito ni moral abandonar a los incurables, a los incapaces, a los imbéciles; se debería prestar siempre auxilio a todos los necesitados. Pero si se dispone de escasos medios, y hay que distribuirlos, es indudable que a la sociedad le ha de convenir aplicarlos a aquellos necesitados más solventes; es decir, a aquellos que hayan de poder rendir luego mayores beneficios.

Eligiendo, pues, para las Colonias a los niños de naturaleza extremadamente empobrecida, favorecemos la persistencia de los más débiles y la perpetuación de una herencia degradada.

Bien comprendemos, sin embargo, que, en los tiempos que corren, el procedimiento selectivo que hemos denominado «aristocrático», el más científico y más práctico, no encontraría simpatías ni acogimiento entre las gentes. Habremos de inspirarnos, por tanto, para hacer esta selección, en un criterio «democrático». Puesto que está bien probado, y en la convicción de todos, que, en general, a los niños de las ciudades les beneficia grandemente permanecer una temporada al año en el campo, y, sobre todo, en régimen de Colonia, enviemos a ella a todos cuantos sea posible, y, de no poder ir todos, elija-se los «en montón», exceptuando los enfermos contagiosos. De este modo, siempre abundará entre los colonos el tipo medio, el tipo corriente de niño de nuestras clases pobres. Pero de ningún modo vayamos entresacando a los más decaídos, a los más defectuosos, porque así, los resultados que la sociedad obtenga a la larga serán escasos o negativos.

(*El Sol*.— Julio 1920).

LA EDUCACIÓN DE LOS ADULTOS Y LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

Las bibliotecas populares y la educación de adultos.—En un folleto, editado en el verano de 1918, decíamos que los estudiantes de la Residencia habían formado una Sociedad para la creación de bibliotecas populares; hacíamos algunas observaciones sobre la función que las bibliotecas debían desempeñar; hablábamos del funcionamiento de una de ellas y de los trabajos emprendidos para la fundación de otras; dábamos algunas instrucciones para el buen régimen de las bibliotecas, y, por último, para facilitar la elección, publicábamos un índice de libros, escritos en castellano, por orden de materias y de autores, y con indicación de los precios.

De entonces acá, las bibliotecas populares, tan modestamente iniciadas, han alcanzado un gran desarrollo, al que luego nos referimos muy detalladamente; pero antes de hacerlo, queremos dar una idea aproximada del valor social que tienen los problemas de la educación de adultos (no técnica o utilitaria), algunos de los cuales trata de resolver la acción de las bibliotecas populares.

Valor social de la educación de adultos; en las organizaciones democráticas, en la solución de los conflictos sociales.—Los problemas de la educación de adultos tienen que interesar de manera muy inmediata a todas las organizaciones democráticas. En estas organizaciones se llama, de manera más o menos efectiva, a todos los individuos a la participación de la vida ciudadana, pues la única posibilidad de que en un régimen democrático se encuentren acertadas direcciones para el manejo de los negocios públicos está en que el mayor número de ciudadanos posea ciertos conocimientos esenciales para el buen régimen de la comunidad. Puede entonces nacer y afirmarse en las sociedades democráticas una conciencia que las lleve a elegir a las aristocracias naturales que haya en su seno, entregando el gobierno a los mejores y ayudando serenamente, con fino y fecundo instinto histórico y

constructivo, al encumbramiento de las minorías directoras.

También tienen que ser contemplados con ansioso interés los problemas de la educación de adultos por todos los que crean que pueden resolverse o al menos encauzarse en normas legislativas los violentos conflictos sociales, que la difusión de la cultura desarrolla hábitos de inteligencia, amplios, antipartidistas y fatalmente contrarios a los sofismas de clase y a las frases huecas, y al aproximar en la colaboración científica a clases socialmente apartadas, favorece el mutuo conocimiento y la información exacta de las condiciones en que se dan las dificultades y las habitúa a acercarse a los problemas sociales con un amplio e imparcial espíritu de información y de curiosidad desinteresada, que necesariamente ha de facilitar las soluciones.

El movimiento en favor de la educación de adultos es un resultado histórico.—El movimiento en favor de la educación de adultos es el resultado natural de la mayor difusión de los intereses intelectuales y del desarrollo simultáneo de otros movimientos, que en el más amplio sentido de la palabra podemos llamar educativos.

Puede decirse que la atmósfera intelectual ha cambiado: la escuela, poco o mucho, ha mejorado, y, bien o mal, ha plantado los gérmenes de los intereses hacia las cosas de la inteligencia; la Prensa, aunque no lo satisfaga, excita el afán por el conocimiento; se leen más libros, y están éstos más al alcance de todas las fortunas; se crítica, se discute, y, para formar un juicio independiente, se trata de satisfacer la curiosidad, de comunicar a los demás las dudas, y la profesión pedagógica, que difunde intereses intelectuales, crece diariamente en número, en importancia y en representación social.

A la par se desarrollan otros movimientos que también tienen un valor educativo: el estudio y la discusión de las cuestiones prácticas de la industria suscitan el interés hacia los problemas de la ciencia pura; la sorpresa, la piedad o la indignación ante

las condiciones sociales llevan al estudio de la historia y al de las ciencias políticas y económicas; la gran guerra ha hecho resaltar con mayor relieve la trascendencia que tiene la familiaridad con la historia europea, con la Geografía y con los idiomas...

La Historia, pues, ha creado estos nuevos intereses. Un impulso voluntario guía multitud de curiosidades hacia los problemas intelectuales. El resultado es el grupo de lectores, la clase, la conferencia, etc., que, si encuentran en su camino una mano organizadora, pueden encauzarse en un estudio metódico y moldearse con el espíritu social de una institución de enseñanza.

Motivos que influyen en el desarrollo de la educación de adultos: el humanista y el social.—Una fuerte y consciente inclinación hacia un campo determinado de la obra intelectual es tan rara de encontrar entre los estudiantes adultos como entre cualquier otro grupo de personas. Los motivos que ejercen mayor influjo sobre los adultos son: de un lado, los puramente humanos, que les lleva a buscar la educación por el puro placer de ejercitar la inteligencia y por la luz que el conocimiento puede arrojar sobre los problemas corrientes de la vida, y de otro lado, la creencia de que una mayor difusión del conocimiento es un poder para el progreso de la sociedad; el ideal que mueve entonces a los adultos no es el del éxito personal, sino el de la cultura del individuo como un medio para el mejoramiento de la sociedad.

Ese deseo de usar la educación como un medio para fortalecer e informar el espíritu ciudadano es benemérito; pues que hombres y mujeres tengan conciencia de que es preciso el conocimiento para llegar a una clara opinión de los negocios públicos, es signo de capacidad mental, y al mismo tiempo, la mejor garantía de un sano y recto sentido de la vida ciudadana.

Es verdad que el interés social tiene el peligro de monoideísmo, pero los más sanos estímulos educativos pueden falsearse; la educación técnica puede falsearse en sórdido materialismo; el interés hacia

la cultura general, en mero diletantismo o en estéril crítica. No son estos peligros peculiares de la educación de adultos, sino de todas, y sólo en manos de los directores está el evitar la caída en estos graves defectos.

Progresos de la educación de adultos: por el hábito de cooperación, por la libertad.—Los progresos de la educación de adultos dependen de la existencia de un hábito de cooperación en el estudio y de un temperamento de lealtad corporativa de los estudiantes hacia la clase o institución educativa a que pertenezcan. Es decir, que la vitalidad del movimiento depende en gran parte de que sepa crear un temperamento social entre sus miembros y estudiantes, lo cual es la obra más educativa que puede realizar, pues la disciplina de la asociación en una empresa intelectual común tiene tanto valor educativo como la misma adquisición del conocimiento.

Además, si se quiere que los estudiantes adultos se consideren miembros activos de una institución educadora, tienen que gozar de completa libertad para crear la atmósfera, el tono moral y el espíritu de la asociación, y necesitan moldearlo de acuerdo con sus necesidades e ideales. Todo educador sabe cómo depende la vitalidad de una institución educativa de que acierte a expresar una nota propia y característica que la diferencie de las demás, y cómo es incompatible la creación de esa individualidad con cualquier interferencia, por bien intencionada que sea, que mine las iniciativas y evite las responsabilidades.

Instrumentos de acción para la educación de adultos.—Los países en que mejor atendida está la educación de adultos conceden cada día mayor importancia a esos problemas y se creen en la obligación de poner al alcance de los adultos, cada día con mayor uniformidad y sistema, las ocasiones para educarse. Todos los instrumentos de acción que se emplean en la educación de adultos pueden sumarse en estos tres grupos: en la obra exterior o extensiva de las Universidades, en la ini-

ciativa de las Autoridades municipales y provinciales y en las organizaciones voluntarias.

Las Universidades y la extensión de adultos.—La obra de extensión universitaria hizo familiar, entre los universitarios y en el público en general, la idea de que los deberes de la Universidad no se limitaban a educar a los estudiantes que en ella siguieran sus cursos, sino que, saliendo de su recinto, debía llevar la enseñanza a los menos afortunados, que por vivir lejos de su alcance o por no disponer de años de ocio que dedicar al estudio, no podían beneficiarse de su influjo.

Las Universidades, sin embargo, consideraban la extensión universitaria como obra de menor importancia que no merecía sino una atención superficial, y por eso su acción pecaba de discontinua y de poco eficaz. Pero va dibujándose en los tiempos modernos un nuevo concepto de la Universidad, que, aunque reserve para ésta las funciones de la alta investigación, y aun la de ser el tranquilo albergue donde ciertas clases sociales busquen su preparación profesional, extiende mucho el radio de su actividad, llevándola a buscar relaciones con individuos y sociedades alejados de ella, y haciéndola sustituir su actual pasividad por un papel activo que busca en la organización y en la propaganda el interés y apoyo de agrupaciones cada día más amplias.

En esa acción social de la Universidad, queda reservado, a las conferencias, elemento casi único de la antigua extensión universitaria, el papel de despertador y propulsor de energías sociales, papel siempre necesario e interesante, pero que es sólo el comienzo e iniciación de una obra más honda y más compleja. Esta se realiza por medio de clases continuadas, que van desde los cursillos cortos, que duran pocas semanas, hasta los que duran todo el verano, o un año entero, o varios años seguidos. Es un principio aceptado en el método de la extensión universitaria, que en relación con cada curso se sostenga paralelamente una clase, a la que asisten los verdaderos estudiantes que quieren

seguir el curso haciendo las lecturas y ejecutando los trabajos escritos que les indique el profesor. No hay que decir que esta clase es la que ofrece más propicia ocasión para realizar una sólida obra educadora. También prestan una ayuda muy importante las Asociaciones de estudiantes que en algunos cursos se forman por los más inteligentes que asisten a las clases y que se proponen ahondar más en el asunto. Siguen la costumbre de que uno de los estudiantes tome la dirección del grupo, turnando entre sí los demás para escribir trabajos, que son discutidos por la Sociedad; método que tiene la ventaja de que los estudiantes se encuentren entregados a sus propios recursos, de que los asuntos adquieran más vida, por ser tratados desde diferentes puntos de vista, y de que el estudio se haga más continuo, ya que estas Sociedades llenan con sus trabajos los huecos que hay de unos a otros cursos.

El movimiento en favor de las clases tutoriales universitarias.— Es el reconocimiento del derecho que asiste a todos los adultos para instruirse bajo los auspicios de la Universidad. «La educación de los obreros de los Centros industriales por medio de las clases tutoriales—decía un escritor inglés en 1917—es la más sana labor en que han puesto sus manos las Universidades en los tiempos modernos, y en la práctica de ella entenderán de aquí en adelante sus funciones mucho más generosamente, y serán un nuevo y mayor poder en la vida nacional. Las Universidades, y más especialmente las viejas Universidades inglesas, tenderán a reformarse a sí propias en el sentido de servir a la ciudadanía más directamente y con mucha mayor amplitud».

En las clases tutoriales, un grupo de hombres y mujeres, limitado en número, conviene en estudiar un asunto elegido por ellos, bajo la dirección de un profesor nombrado por un Comité mixto universitario (representantes de la Universidad y de las asociaciones voluntarias) durante un período de tres años consecutivos. La constitución de estos Comités es de carácter democrático. En Inglaterra siguen las

indicaciones de la Universidad de Oxford, que cree que el Comité debe consistir en un mínimo de cinco o un máximo de seis representantes de la Universidad y en un número igual de representantes de las instituciones y organizaciones obreras nombradas por medio de la Asociación Educativa de Obreros.

Las características más importantes de las clases tutoriales son: la continuidad del estudio; la combinación de la clase con la libre discusión, y la mutua asistencia y cooperación de los estudiantes entre sí y con el profesor, que da a la clase una vida corporativa de mayor valor educativo que la pura instrucción. La Universidad provee a cada clase de una biblioteca relacionada con el asunto objeto de los cursos, y trata de que, además de las dos horas de clase y discusión, dé el profesor una cierta cantidad de clases individuales.

Si la Universidad española, como otras del Extranjero, concediera a la educación de adultos su debida importancia, considerándola como «uno de los más serios e importantes de sus servicios», montaría especiales sistemas de administración para ella, pues la acción descentralizadora que a la obra de la Universidad llevaría su extensión la haría considerar las organizaciones de adultos como otros tantos colegios universitarios, a los que ella suministraría su dirección intelectual y el profesorado. Pero mientras llegase ese momento, no sería preciso que la obra de expansión de las Universidades obedeciese a un plan preconcebido, sino que sería suficiente que con buena voluntad atendiese a las necesidades de los más próximos grupos de estudiantes, pues eso bastaría para darles una idea muy clara del deseo que sienten grandes núcleos de adultos de recibir una educación, y del serio y alentador espíritu con que se pondrían al trabajo. La gran masa obrera, que en otros países suele responder a estos llamamientos con el mayor entusiasmo, puede dar igual calidad de trabajo que los estudiantes profesionales, muy especialmente en ciertas materias. Piénsese, por ejemplo, cuánta vida y qué interés podría tener una clase

tutorial universitaria de economía o de historia de la economía, desempeñada en un núcleo obrero por un profesor de tanta ciencia como arte educativo; en ciertos casos —nos atreveríamos a afirmar—, su valor social, educativo y hasta puramente científico sería mayor que el de la misma clase desempeñada en el recinto universitario, y con la obligada asistencia de los estudiantes profesionales. No hay que añadir cuánta trascendencia social tendría para el país, el que esos ensayos de clases tutoriales fuesen seguidos de instituciones colegiadas, en que, además de la residencia, se ofreciese a los obreros un cuadro de enseñanzas universitarias de alto valor científico sobre todas las materias que pueden interesar a un organizador social.

Las Autoridades municipales y provinciales y la educación de adultos.—Tendrían las Autoridades municipales y provinciales un amplísimo campo de actividad si atendieran no sólo a las necesidades de la escuela primaria y a proveer y administrar la asistencia médica, el ropero escolar, las escuelas especiales para niños, física y mentalmente defectuosos, las escuelas de bosque, etc., etc., sino también a los nuevos desarrollos de la educación secundaria y a los progresos que a la educación técnica lleva en cada región las creaciones de nuevas industrias y de nuevos métodos de trabajo.

Desgraciadamente, los Municipios y Diputaciones suelen prestar hasta ahora poca atención hacia los problemas educativos, y si descuidan enseñanzas cuya inmediata utilidad es muy patente, ¿cuánto más tardarán en interesarse por asuntos de tan amplio y humano interés como los de la educación no técnica de los alumnos adultos? Hay, sin embargo, regiones en que va naciendo un claro sentido de esos deberes, y ellas deben no sólo cooperar a las iniciativas del Estado, sino pedir el apoyo de las Universidades y fomentar y robustecer los esfuerzos de las Asociaciones voluntarias en favor de la educación de adultos, pres-tándoles su más cordial atención y el máximo apoyo económico que les sea posible,

y coordinando esos esfuerzos con todo el sistema de la educación nacional, aunque sin sacrificar en ningún caso la iniciativa y el sentido de responsabilidad de los estudiantes, sin los cuales languidece y muere la obra de la educación de adultos.

Las organizaciones voluntarias y la educación de adultos.—Nos atreveríamos a decir, de una manera general, que sólo progresa la educación de adultos a medida que las organizaciones voluntarias estimulan, recogen y organizan la demanda que de ella puede haber, y que más que el apoyo que las Universidades y las Autoridades puedan ofrecer, hace la habilidad de los Cuerpos organizadores para dar forma y prestar sustancia a la demanda. Las organizaciones voluntarias simplifican considerablemente el trabajo de centralizar los intereses intelectuales, pues siendo todos sus miembros estudiantes en potencia, se les encuentra más fácilmente, por estar agrupados, que a los individuos que están fuera de la órbita de las actividades organizadas.

Como en la mayoría de los casos el deseo por la educación es latente y requiere ser despertado, nadie mejor que la Asociación voluntaria puede dar nacimiento a un grupo de estudiantes, por ser ésta obra de apostolado que requiere conocimiento y organización especiales. Estas Asociaciones abren nuevos manantiales de donde pueden brotar nuevos estudiantes; preparan el terreno para la obra; estimulan la demanda de educación; averiguan las necesidades de los estudiantes, y reúnen a los que tienen idénticos gustos e intereses; preparan el tipo de clases más apropiado a las circunstancias; consultan a los estudiantes en todas las materias relacionadas con la organización y dirección de la clase, e infunden en ella un espíritu corporativo. Los estudiantes organizados por las agencias voluntarias dirigen los asuntos internos de las clases y son responsables de su éxito. También tienen así mayor libertad de movimientos para ponerse en contacto con diversos grupos de estudiantes de la misma o de diferentes poblaciones, por medio de discusiones organizadas, confe-

rencias, etc.; de este modo, los estudiantes se sienten partícipes de un movimiento de amplios horizontes e ideología, desechando más fácilmente estrechos prejuicios de clase y de localidad. En la educación de adultos, la iniciativa de abajo juega mucho mayor papel que la autoridad de arriba; uno de los mayores males que puede sufrir la educación es el de una rígida uniformidad que desvitaliza la educación de todas clases y muy especialmente la de los adultos.

Concierto y armonía de los tres factores.—En resumen: la obra de la educación de adultos puede ser ayudada con eficacia por los esfuerzos independientes de los tres instrumentos de acción a que nos hemos referido; pero llegará a un mayor florecimiento cuando las Autoridades locales, la Universidad y las organizaciones voluntarias estén en activa cooperación.

No es posible ni deseable definir con precisión las relaciones que deben existir entre los tres instrumentos; baste con decir que cada uno debe aportar su especial contribución. Las Autoridades, con sus poderes legales, su amplio orden de actividades y su contacto con otros aspectos de la vida municipal y regional, prestan un amplio marco de organización y administración educativas y dan continuidad a la obra pedagógica. Las Universidades aportan intereses y horizontes más amplios y oportunidades que no pueden tener las Autoridades, y su independencia de los prejuicios locales facilita el necesario correctivo a los patriotismos mal orientados. Las organizaciones voluntarias, por su espontaneidad y conocimiento de las necesidades de la localidad, por su elasticidad y por el entusiasmo que despiertan, son una salvaguardia contra el exceso de organización y de formalismo, y un incentivo al crecimiento del espíritu social.

La ayuda del Estado a la educación de los adultos.—El alto valor social de la educación de adultos pide que el Estado, que hasta muy recientes tiempos no ha demostrado hacia ella un gran interés, le preste todo el calor y el apoyo financiero que le sea posible. Sólo así se logrará

extender a todos los beneficios de los hábitos de reflexión y de estudio organizado, pues nunca podrá ser un principio de educación pública el que ésta se costee a sí propia.

No puede pretender el Estado, al vencer los obstáculos económicos, atentar a la libertad de los estudiantes y profesores interviniendo en la dirección y arreglos que den a sus estudios, pero debe inspeccionar cuidadosamente la seriedad y continuidad de la obra a que se ayuda, pidiendo a los estudiantes que llenen ciertas condiciones de asistencia regular, puntualidad, redacción de ensayos, etc., que atestigüen la solidez y elevado nivel de la obra que recibe ayuda de los fondos públicos. Todo lo que el Estado debe pedir, por tanto, es que se hagan serios estudios, pero no que las enseñanzas tengan determinado matiz político o filosófico. «El que el Estado ayude o no a una institución educadora, debe depender de la calidad de la obra que la institución realice y no de las tendencias que a ésta se suponga. El norte para distinguir entre educación y propaganda no está en las opiniones particulares sustentadas por el profesor o los estudiantes, sino en la competencia intelectual y en la calidad del primero y en la seriedad y continuidad de los estudios de los últimos. Cualquier otro criterio llevaría al Estado a un oficio de censor que no puede tomar, e inevitablemente haría nacer una diferenciación entre el conocimiento que en opinión del Estado es deseable propagar y el que deba impedirse; es decir, que el Estado podría difícilmente evitar que se le acusase de fabricar la opinión pública. El único principio que debe seguirse es que el Estado ayude a todas las obras educativas serias, incluso la de aquellas instituciones y organizaciones cuyos estudiantes pertenecen a determinada tendencia política o religiosa.

«Este es sin duda el mejor camino para servir a los intereses de la comunidad, porque es lo más probable que nazca una opinión pública ilustrada cuando se invita a las distintas clases de estudiantes para que expongan sus diferentes puntos de

vista. La verdad es multiforme, y es probable que brote del estudio y discusión de los problemas desde diferentes puntos de vista. Hay que añadir que en la misma educación está su propia garantía; el remedio contra los prejuicios del conocimiento imperfecto y del monoideismo intelectual está en una mayor cantidad de conocimiento y en ideario más abundante. La mayor parte de los adultos principian a trabajar con algún punto de vista muy definido y encuentran en él un motivo para el estudio, y la experiencia ha demostrado que no es una cosa mala, sino buena, apelar a ese motivo, pues es un principio educativo fundamental utilizar por entero los intereses de los estudiantes. El verdadero mal no está en que los estudiantes con prejuicios sectarios se dediquen demasiado al estudio, sino en que de todo se estudia poco. El verdadero peligro nacional no proviene de los estudiantes que prosiguen sus estudios, animados por una visión particularista de las cosas, sino más bien del número mucho mayor de aquellos que no persiguen intereses intelectuales de ninguna clase y que no han hecho el menor esfuerzo por equiparse para los deberes de la ciudadanía y para las actividades organizadas de la comunidad.»

(Concluirá.)

REVISTA DE REVISTAS

ESTADOS UNIDOS DE AMERICA DEL NORTE

The Journal of Educational Psychology.—
Baltimore, 1915-1919 (1).

El valor diagnóstico de los tests aritméticos de Woody, por W. W. Theisen y Cecile White Flemming. Noviembre 1918.—Este artículo hace principalmente referencia a otro publicado por el Dr. Walter S. Monroe, en la revista *School and Society*, titulado «Un Estudio experimental y analítico de las escalas aritméti-

cas de Woody», y que se proponía, según su autor, «enseñar tan completamente como sea posible a diagnosticar una clase según estas escalas y a demostrar la exactitud que tal diagnóstico puede alcanzar. El Sr. Theisen afirma que de la lectura de dicho artículo se saca, en realidad, una conclusión contraproducente, a saber, que ni estos textos ni ningún otro, los de Cleveland Survey, poseen, en realidad, tal mérito para el diagnóstico.

Sugestiones pedagógicas de los tests de la memoria, por T. L. Patterson.—Un acto completo de memoria requiere que la impresión sea retenida, recordada y reconocida como familiar y como perteneciente con otras ciertas impresiones. La perfección de cualquier acto de memoria depende del género e intensidad de las impresiones y de las asociaciones entre ellas. Las impresiones son de seis géneros, a saber: visuales, auditivas, motoras, táctiles, gustativas y olfativas, pero las tres primeras nombradas tienen la mayor importancia en la memoria. Se han realizado ciertos experimentos para determinar cuál de estos tres géneros de impresiones se han retenido mejor y para describir la relación que existe entre recuerdo y reconocimiento. Uno de los métodos consiste en seleccionar treinta nombres de objetos comunes y combinarlos en tres columnas de diez cada una, teniendo cuidado de poner juntas las palabras que van comúnmente asociadas. El *test* fué realizado con los discípulos de una escuela y de un Colegio típicos, en todos sus grados, desde el tercero primario, en adelante. Cada palabra de la primera columna se les pronunció con un espacio de tiempo de dos segundos, próximamente; las de la segunda columna habían sido previamente escritas en la pizarra y era descubierta cada una durante un tiempo aproximadamente igual y oculta luego al ser descubierta la siguiente; la tercera columna era mostrada toda ella al mismo tiempo. En cada uno de los casos, después que se habían mostrado todas las palabras, el discípulo escribía tantas como lograba recordar. Tres días después y a la misma hora se les pedía a los discípulos que

(1) Véase el número 722 del BOLETÍN

escribiesen tantas palabras como pudieran recordar de otras tres columnas, dictadas oralmente, y que fueran semejantes a otras palabras de las tres columnas primeras. En la primera columna se les pedía que atendiesen al sonido; en la segunda, a la apariencia visual sugerida; y, en la tercera, a los objetos nombrados. Véanse los promedios de las tres primeras listas de palabras: 6,35, 6,92 y 8,28, respectivamente; demuestran que los objetos eran recordados mejor que los sonidos y también mejor que los objetos imaginados. En la misma reproducción, tres días después, se encontró que las imágenes mentales de los objetos se recuerdan mejor que sus nombres, lo cual tiene una gran significación pedagógica, como indicadora de que si se muestran los objetos a los niños o, cuando esto sea impracticable, se les lleva a formar las imágenes mentales de ellos, pueden obtener un conocimiento genuino de las cosas, más fácilmente que de la apariencia verbal del conocimiento. En la reproducción al cabo de tres días, los alumnos del Colegio no muestran ninguna superioridad sobre los niños, y quizás sea esto debido a que las palabras se graban más profundamente en el espíritu de los discípulos pequeños que en el de los mayores.

El efecto de la práctica sobre la aprehensión visual en los débiles mentales, por Karl M. Dallembach. Febrero de 1919. — Los resultados de este estudio pueden resumirse así: 1.º El efecto de la práctica en la aprehensión visual en los retrasados y débiles de espíritu se caracteriza por mejoramiento lento y gradual; inversamente, tal mejoramiento en la aprehensión visual es indicador de retraso. 2.º El rango de aprehensión visual varía con la complejidad del material y la diversidad de la asociación suscitada. 3.º El efecto de la práctica es relativamente permanente. 4.º Hay una correlación directa entre el grado de aprehensión visual y la edad mental. 5.º El grado de aprehensión visual es correlativo con la edad cronológica sólo en tanto que la edad cronológica es una condición de la edad mental. 6.º Cuando se comparan los sujetos de la misma edad

o *status* mental, los hombres y los niños son ligeramente superiores a las mujeres y las niñas. 7.º Las diferencias individuales son notorias; pero están íntimamente correlacionadas con la edad mental. 10. La extensión de la variabilidad está condicionada por la edad mental y el grado de anormalidad, variando inversamente con la primera y directamente con la última.

¿Es constante para los diferentes tipos de materiales la capacidad individual para aprender?, por W. Pyle, marzo de 1919.—«*Tests*» mentales para el ingreso en el Colegio, por L. L. Thurstone, marzo de 1919. — Uno de los principales deberes de la Sección de Psicología aplicada en el Instituto Carnegie de Tecnología es ilustrar respecto de la admisión de los estudiantes y de su subsiguiente promoción y trasferecia de un curso de estudio a otro. Es, pues, muy interesante el establecer el valor diagnóstico de los *tests* mentales como un criterio para la admisión. Para demostrar el valor práctico de semejantes *tests*, se han presentado una serie de ellos a los alumnos de primer año del Colegio. Se prosiguió la labor de contestarlos y completarlos, y entonces se propuso la cuestión siguiente: ¿Si hubiera habido una comprobación completa respecto de la admisión, se hubiera podido predecir, mediante estos *tests*, cuáles estudiantes fracasarían y cuáles triunfarían en su labor en el Colegio? El problema es, pues, un problema práctico.— Este informe es una respuesta a esta cuestión con relación a los alumnos que ingresan en el Colegio del Instituto Carnegie de Tecnología.

La respuesta de un grupo compuesto, a la revisión Stanford de los «tests» Binet-Simon, por H. W. Chase y C. C. Carpenter, abril de 1919. Se trata de formar una escala-grupo de Inteligencia para usarla en los tres primeros grados, por Suella Winifred Presey, setiembre de 1919.—1. Es indudable la necesidad de una escala en los grados primarios: a) para hacer posible la comparación de los discípulos que entran en diferentes escuelas; b) para auxiliar a la diagnosis individual.

—2. En la formación de una escala para niños pequeños, deben llenarse ciertas exigencias especiales: *a)* deben evitarse todos los elementos del adiestramiento escolar; *b)* la fatiga debe ser reducida a un mínimo; *c)* las direcciones deben ser tales que los niños puedan tomar una parte activa en ellos; *d)* los *tests* de la escala deben ser cuidadosamente integrada, y *e)* la labor debe ser motivada y mantenida por el interés más bien que por control disciplinario.—3. En este artículo se ofrece y describe una escala que, a juicio del autor, llena tales exigencias. La escala consta de cuatro *tests*, cada uno con veinte elementos; estos elementos se combinan, por su dificultad, según una escala de error probable. Se ofrecen también normas para la aplicación de esta escala y pruebas de su validez como una medida de habilidad general.

Una escala clasificada para medir la inteligencia, por Carleton W. Washburne, abril de 1920.—Clasificando los *tests* de la revisión Stanford de la escala Binet-Simon según la función o funciones predominantes utilizadas, ha sido posible hacer una escala específicamente diagnóstica, tanto como indicativa de la inteligencia general.—D. BARNÉS.

FRANCIA

Revue Pédagogique. — *París.*

ABRIL

La enseñanza de las nociones científicas en la escuela primaria elemental, por J. Derome.—Conforme a las instrucciones del Ministro de Instrucción pública, los Inspectores de academia han estudiado de un modo especial, en sus informes de 1919, el estado actual de la enseñanza de las nociones científicas en la escuela primaria elemental. La cuestión planteada no sólo es interesante, sino apasionadora. ¿Cómo no había de ser así, al salir de una guerra que ha acusado progresivamente un carácter cada vez más científico? Los enemigos de Francia han puesto la ciencia al

servicio del mal, y Francia se ha visto obligada a seguirles. La victoria, caramamente adquirida, deja subsistente la misma lucha; el porvenir, tanto desde el punto de vista de la defensa del territorio como de la defensa económica, pertenece a los pueblos que sepan penetrar y aprovechar mejor la ciencia. ¿Cuál debe ser, a este respecto, el papel de la escuela primaria elemental? La conclusión que se desprende de las contestaciones de los Inspectores es la de que aun queda mucho por hacer; que habrá que organizar en cada escuela, con el auxilio de todas las buenas voluntades, la pequeña colección que permitirá realizar las más experiencias posibles; se prohibirán las lecciones de cosas hechas sin cosas; habrá que mantenerse sencillos, prácticos, al alcance de los alumnos, y sin pretender darles una enseñanza directamente utilitaria, en sus ojos despiertos e interesados se encontrará la mejor recompensa.

Claude Perroud, por Istria.—El Sr. Perroud, Rector honorario de la Academia de Tolosa, nació en Villefranche-sur-Saône en 1839, y ha muerto el 15 de diciembre de 1919. Fué Rector de la Academia de Tolosa desde el 25 de octubre de 1881 al 5 de noviembre de 1908.

Una obra española de educación, por R. Albert.—«La Fundación Allende, de Toro, es una Institución de cultura compuesta de diversos establecimientos de instrucción primaria, perfeccionada y completa para los niños, los adultos y el público en general.» Por esta definición de don Leopoldo Palacios, se ve con qué amplitud han sido interpretados los términos del testamento, y las intenciones del testador, D. Manuel González Allende. Para esto ha podido aprovecharse el aumento de valor del capital legado y la acumulación de los intereses de muchos años, con todo lo cual, el capital de que ahora se dispone asciende a 2.109.656. La Fundación puede asegurar así ampliamente el funcionamiento de todo el organismo—escuelas primarias, cursos de adultos (enseñanza profesional y cultura general), Universidad popular y obras complementarias. Ya está

ejecutada una parte del programa, y el resto se irá ejecutando a medida que se realicen economías sobre la renta anual.— La enseñanza tiene, pues, un carácter concreto, realista y práctico. La escuela de la Fundación Allende es, dice el Sr. Palacios, una escuela *de trabajo*; es decir, orientada hacia el oficio, y esto desde la escuela primaria. Así, la agricultura, el trabajo en madera, en hierro y en cartón, y la economía doméstica, para las niñas, figuran en los programas del curso medio; la contabilidad comercial, en el del curso superior; se reservan para los cursos de adultos los trabajos de taller y de laboratorio — encuadernación, ebanistería, química aplicada, así como estudios más abstractos —, legislación social y política agraria. Para el desenvolvimiento del sentimiento social y la fusión de las clases, la Fundación cuenta con la Universidad popular y las obras complementarias. Los juegos y los deportes, las excursiones y los conciertos reúnen a todos, pequeños y mayores, para el goce de las fiestas, como los cursos, las conferencias y las mutualidades cooperativas los reúnen para el estudio o la satisfacción de los intereses colectivos. Pero de todas estas Instituciones, la más interesante es el «Club de los padres», cuyo fin es interesar, a la vez, a los padres en la marcha de la obra y perfeccionar su educación, admitiéndoles a colaborar en la de sus hijos. A este fin, reciben un *Boletín* mensual y, desde octubre de 1919, un periódico, *El Amigo del Pueblo*, que aparece tres veces por mes, y que les informa de todos los acontecimientos de la vida de la Fundación. La administración de la Fundación Allende reposa sobre los principios de una autonomía democrática. Se dirige por sí misma, mediante una Junta de patrones, dividida en dos Comisiones, de las cuales se ocupa una de la administración, y la otra, de la enseñanza. La Fundación Allende, por su enseñanza de carácter práctico, por el influjo moral y social que se esfuerza por ejercer en el público y por sus abundantes recursos pecuniarios, puede trabajar eficazmente a favor de la preparación técnica

que falta en España, y, paralelamente, en una transformación necesaria de la mentalidad popular. Sin duda que estos dos aspectos de la obra se bosquejan ya en rayos dispersos; pero aquí, como ocurre siempre en materia de educación, sobre el niño es sobre el que mejor se puede actuar, y con quien es preciso contar para la renovación de la raza.

Notas de Inspección.

Crónica de la enseñanza primaria en Francia.

Certificado de aptitud en el examen de la Inspección primaria. (Segunda sesión de 1919.)

Iniciativas: Para las escuelas maternales. Baños y duchas gratuitos.

A través de los periódicos extranjeros.—D. BARNÉS.

ENCICLOPEDIA

LA CONFERENCIA INTERNACIONAL DEL TRABAJO DE WASHINGTON

por el prof. Adolfo Posada (1),
Catedrático de la Universidad de Madrid.

I

No hemos querido referirnos en estas correspondencias a la labor de la Conferencia Internacional del Trabajo mientras ésta realizaba sus tareas; algo más que simples testigos en ella, en íntimo contacto con su marcha interna, nos exponíamos a reflejar impresiones de momento, que podrían tener su valor y su fuerza en el momento mismo, pero que acaso dieran, expuestas, una idea equivocada de lo que la Conferencia habría de ser o podría ser en definitiva.

Una Conferencia, como la celebrada, en la que han estado representados casi todos los pueblos, contando la mayoría de las respectivas representaciones, elementos de los más diversos del orden patronal y obrero, y que se desarrolla lánguida y pe-

(1) Estos artículos fueron publicados en *La Nación* de Buenos Aires.

rezosamente, sin relieve acusado, durante un mes, tenía que producir sensaciones muy varias y, a veces, hasta contradictorias. No era fácil alcanzar y seguir su hilo íntimo, si lo tenía, ni contemplarla en una perspectiva adecuada.

La ausencia de representantes norteamericanos.—Y mucho más si se consideran las circunstancias, muy extrañas, en que la Conferencia ¡internacional! se reunía, y el «medio nacional» (político) en que se desarrollaba. No olvidemos que la Conferencia, instituída como derivación de la Liga de las Naciones, había de ser, era, la primera manifestación concreta y práctica de esa Liga de Naciones no constituída aún: llevara los pueblos a ella, ofreciéndoles su capital federal, el gobierno de la nación, cuyo más alto representante—Wilson—fuera el apóstol genial de la Liga de Naciones, pero que merced a una fuerte y violenta reacción política interior, obra en buena parte del desconcierto ideológico y pasional provocado por la guerra, se manifestaba, precisamente en aquellos días, en clara y abierta hostilidad contra esa misma Liga de las Naciones. Dándose así el caso, bien extraño, de que los Estados Unidos, que recibían a los miembros de la Conferencia, llegados a Wáshington desde todos los rincones de la tierra, y que intervenían en sus sesiones—mediante el presidente de la Conferencia misma, que lo fué Mr. Wilson, el secretario del Trabajo—no enviaran a ella representantes, pues si asistió a las sesiones, alguna vez, mister Gompers, el presidente de la Federación Americana del Trabajo, y hasta pronunció un discurso, no fué a título de representante oficial, sino quizá pensando en que podría serlo.

Actitud de la Prensa y el Senado.—Y no sólo esto: la Prensa de Wáshington recibiera con indiferencia, y alguna parte de ella con hostilidad, a los delegados que acudían al llamamiento internacional, deseosos, quizá, no pocos, de dar comienzo, con una colaboración sincera, a la realización práctica de la idea «wilsoniana» (?) de la Liga de las Naciones, en el terreno simpático, tan profundamente humano, de

la paz social. Y por si esto no fuera bastante, en el Senado americano —¡el respetable y alto Senado americano, que con tan intensa curiosidad esperábamos ver funcionar...!—levantáranse voces y no ciertamente para dirigir a los confiados viajeros de otros pueblos cordial o... si queréis, ceremonioso saludo; y—¡lo más grave!—en los días mismos culminantes, cuando la labor de la Conferencia se va condensando en conclusiones, bien poco atrevidas y alarmantes, por cierto, el Senado americano daba su batalla rudamente al presidente Wilson, pronunciándose contra el Tratado de Paz, contra su Liga de las Naciones y haciendo reservas tan terminantes, que entrañaban una derogación expresa de las cláusulas relativas al trabajo, razón, fundamento y explicación, incluso jurídica, de la Conferencia internacional que se celebraba a unos centenares de metros del Capitolio y, por ende, del palacio del Congreso.

Consecuencias de la enfermedad de Wilson.—Ciertamente, la enfermedad del presidente Wilson vino a agravar la situación de las cosas. La Conferencia habría tenido otro relieve y otro impulso si hubiera podido relacionarse directamente con el hombre de la Liga de las Naciones, si hubiera podido recibir de sus labios palabras de aliento y de fe. Pero todo el contacto que la Conferencia ha podido tener con los altos Poderes americanos, redujose al ceremonioso saludo del vicepresidente, que, claro es, no representa, ni por razón del puesto—¡tan excepcionalmente incoloro en la misma constitución norteamericana!—ni por razón de su significación, lo que en América y en el mundo representa Woodrow Wilson.

¿Qué de extraño, pues, que, dadas todas esas desfavorables circunstancias, se apoderase del ánimo, aun de los más entusiastas y de los más ingenuos idealistas—y entre ellos quisiéramos contarnos—un cierto pesimismo?

La Conferencia llegó en un mal momento.—Sin duda, la Conferencia llegaba en un mal momento crítico de la política interior norteamericana, no repuesta aún

de los efectos embriagadores de la victoria, y profundamente removida, toda ella, bajo el influjo de un estrecho contacto con la Europa en guerra, y de la reacción producida por la intensa militarización impuesta al pueblo con el esfuerzo realizado para llevar al viejo mundo grandes ejércitos y un material de combate formidable. Las gentes danse allí, sin duda, buena cuenta de que algo muy esencial se ha modificado en el mundo y, por tanto, en los Estados Unidos, que forman parte del mundo: la era de ahora, la «era de Wilson», estíbase, con razón, que implica para América un cambio de posiciones, quizá de ideología, una reforma nacional con nueva orientación política en el más elevado sentido. Ya no parece posible la actitud abstencionista ante las grandes crisis de una Europa conmovida y cada día más relacionada, espiritual y materialmente, con América. Por otra parte, muy representativas personalidades de la conciencia y del ideal americanos sienten que no es dable ya que un pueblo de más de cien millones de almas, creador de una cultura, de sensibilidad cada día más fina, pueda permanecer indiferente cuando una lucha de naciones pone en pleito los intereses superiores de la Humanidad, ni sustraerse a la acción removedora de las grandes corrientes espirituales que agitan al mundo y trazan la Historia.

La crisis moral norteamericana.— Pero, ¿cómo realizar la transformación necesaria exigida por las nuevas condiciones universales, sin que el cuerpo social y político tradicional americano (sistema de intereses, de prejuicios, de ideales vividos, de ambiciones no satisfechas, de hábitos de pensar, de maneras de sentir), cuerpo duro, resistente, no defienda con todas las armas imaginables sus posiciones y su dominio?

Por otra parte, circunstancias especialísimas han favorecido la resistencia de los elementos que se oponen al cambio de orientación, que significaría para América la aceptación de la política «humanista» y «liberal», en el amplio y noble sentido, del presidente Wilson. En primer lugar, la

grave, la seria enfermedad de éste, utilizada duramente por sus adversarios políticos, que además acusan a Wilson de haber desarrollado frente a la paz una política demasiado personal, prescindiendo de la colaboración republicana. De otro lado, la proximidad de la terminación del período presidencial.

—La aprobación del Tratado de Paz —nos decía un americano insigne— viene en el peor momento, cuando, puesto en cuestión, puede convertirse en un espléndido motivo para la lucha presidencial; si tuviéramos aun años de Wilson, las cosas pasarían de otro modo.

Y añádase a esto, como ya antes se indicaba, que la conmoción mundial ha trastornado el sentir y el pensar de las gentes en América, no menos (quizá más) que en otras partes: las mismas diferenciaciones tradicionales que sirven de apoyo a las estructuras de los viejos partidos nacionales experimentan los efectos perturbadores de la crisis aguda por que pasa la política norteamericana. Recuérdese que al votarse en el Senado el Tratado de Paz, no se han separado los votos en contra y los votos en pro, según la respectiva significación republicana o demócrata de los senadores votantes: hubo sus mezclas.

Demócratas y republicanos.— Hace unos días comíamos con un grupo de profesores de una gran Universidad americana; sentábase a mi derecha un demócrata, maestro cultísimo, y se manifestaba resueltamente contrario a Wilson, defendiendo la intangibilidad de la doctrina de Monroe. ¿Qué tenemos que hacer—decía— en Europa? En América está nuestro campo. A mi izquierda sentábase un eminente profesor, gran autoridad en política, republicano apasionado, y parecíale muy bien, en principio, el Tratado, por responder, según él, al momento histórico vivido por los Estados Unidos, y el cual momento impone a la gran democracia una función mundial: cada fórmula tiene su época y la de ahora no puede ser la misma de una América aislada y frente a Europa.

Y es que la crisis política—y ética—es tan honda, que bien se advierte cómo mina

y descompone hasta las fuertes organizaciones características de la estructura institucional norteamericana. Por eso no nos sorprendía el juicio de otro sabio maestro de otra Universidad americana, el cual nos señalaba, no ya como conveniente, sino como necesario, y quién sabe si como inevitable, una profunda transformación de los partidos.

—Hoy —decía— no existen verdaderas diferencias políticas esenciales entre el partido republicano y el demócrata. Y, en cambio, se advierte en el ambiente y en la opinión, la separación de tendencias que, con más o menos exactitud, podrían definirse como conservadoras de un lado y liberales de otro. ¡Ah! y no olvide usted—añadía—el fermento laborista. Sería hasta una buena cosa que de ese fermento brotase un gran partido obrero, capaz de encauzar las aspiraciones y reivindicaciones de las clases trabajadoras.

La labor de la Conferencia.—Pero, me dirá el lector: ¿Y la Conferencia internacional del Trabajo de Wáshington?

No la hemos olvidado, ni con esta pequeña digresión política nos hemos separado tanto como parece del tema de la Conferencia. Muy al contrario. No era fácil hablar de la Conferencia del Trabajo, sin tomar en cuenta el ambiente del medio americano en que ella hubo de celebrarse, ambiente de indiferencia, de abstención fría, cuando no de hostilidad. ¿Cómo, por otra parte, substraer la labor de la Conferencia al influjo que sobre todos tenían que ejercer las condiciones de tal ambiente? ¿No entraña una seria indicación sintomática del estado del mundo el hecho extraño de una Conferencia internacional del Trabajo, que se celebra bajo los auspicios del Gobierno americano en Wáshington, sin que en ella tenga sus representantes tal Gobierno, y en los instantes en que se rechazan por el Senado los supuestos políticos y jurídicos mismos en que la Conferencia descansa y sin los cuales no tiene aquélla razón de ser? Y siendo ello así, ¿cómo no procurar explicar el raro fenómeno? ¡Quién sabe! Quizá la explicación ofrezca al espíritu desilusionado algún rayo

de luz que debilite la actitud, necesariamente pesimista, con que se propendería a juzgar del éxito y del valor positivo de la Conferencia, ateniéndose pura y simplemente a la consideración superficial y mecánica de los hechos, demasiados ásperos y rudos sin duda.

Un análisis profundo de la actitud americana frente al Tratado de Paz y la propuesta Liga de las Naciones, así como frente a cualquier derivación de ésta, acaso descubriera motivos más bien animadores, para quienes procuren ver o mirar alto y considerar con el más amplio y liberal espíritu la marcha de la Historia. Hay, sin duda, una corriente de opinión americana que ve con indiferencia, cuando no con hostilidad, el Tratado de Versalles y la Liga de las Naciones, pero quizá porque no responden al puro ideal «wilsoniano» de la asociación de pueblos libres, libremente movidos, sin dejar ni rastros de imperialismo, y que espera que una nueva dolorosa experiencia obligue a los viejos políticos a rectificar sus peligrosas perspectivas. Mas la consideración de este punto de vista nos llevaría muy lejos, demasiado lejos.

Volviendo al tema: estimamos que aun se podrían recoger otras indicaciones, si se quisiera ahondar en la explicación del por qué del ambiente americano desfavorable en que hubo de celebrarse la Conferencia de Wáshington.

¿No sería, en efecto, un dato digno de tomarse en consideración la coincidencia entre la celebración de la Conferencia del Trabajo, con sus representaciones patronales y obreras, y una situación delicadísima, difícil, áspera, de las relaciones entre grandes empresas y trabajadores, con la amenaza, más, la realidad de huelgas formidables, tan formidables y perturbadoras como la de carbones?

II

Una estimación justa de la labor de la Conferencia internacional del Trabajo, de Wáshington, y la apreciación razonable del posible alcance de esa labor no po-

drían hacerse sin un ensayo previo de interpretación de la idea íntima a que la Conferencia parece que debería responder; pero nótese, no ya como un hecho aparte y aislado, sino como la primera de una serie... Quizá no está esto bien dicho, pues no se ha tratado en la Conferencia de Wáshington tanto de inaugurar una serie de reuniones o Congresos internacionales del Trabajo como de iniciar la labor periódica anual de un organismo permanente, recogido en los tejidos de otro más amplio: el de la Liga, Sociedad de las Naciones.

El nuevo espíritu. — La Conferencia de Wáshington, en todo caso, no debería considerarse como un Congreso de índole diplomática, ni aun meramente política. El no ver con diáfana claridad el matiz distinto de esta «nueva manera» de la vida internacional, acaso haya borrado un tanto el carácter propio de la Conferencia misma, que no ha podido vencer enteramente las pesadillas protocolares. Pero, ¿debe ser tan difícil que una reunión de representantes de Gobiernos se olvide del protocolo! Y luego, ¿es fácil impedir que se manifieste a través de «políticos» el espíritu político nacional, aunque fuera dable razonar que tal espíritu debería ceder su acción, en el caso de Wáshington y en todos los análogos, a otra manera más humana y generosa, única adecuada para tratar adecuadamente los dolores sociales?

La preocupación dominante, única quizá, en reuniones como la de Wáshington parece que debería ser la de los problemas del trabajo; pero vistos más allá de las simples oposiciones nacionales, en el plano a veces trágico de las oposiciones de clase y de los intereses del capital y del trabajo. Y considerados así aquellos problemas, bien se ve la gran misión de los Gobiernos y de sus representaciones: de un lado, templar las oposiciones de los intereses en lucha, en nombre de los generales de las naciones todas como tales, procurando términos de armonía o imponiendo soluciones de justicia; de otro, razonar y defender la posición económica y social del país respectivo, pero no con ánimo de vencer una rivalidad o de realizar una mezquina defensa, sino con el

noble deseo de contribuir a la labor común mediante la cooperación leal, posible sólo cuando se muestra con sinceridad la real situación de la industria y de la economía nacionales. El espíritu con que parece que debería procederse en esas tareas de elaboración de un derecho obrero internacional, sería, a nuestro juicio, el que supondría un pleno y generoso deseo y propósito de ayudar mediante la colaboración íntima, humana, a suscitar y formar un orden jurídico universal del trabajo, condensando no tanto en normas estrictas, uniformes, como en fórmulas de nobles principios, determinantes de frenos para soberanías arbitrarias, e inspiradores de límites infranqueables por las respectivas legislaciones nacionales, por implicar su trasgresión la negación intolerable de los respetos debidos a la personalidad humana del trabajador. Y esto, por ahora, mientras se produce una más intensa conciencia supernacional que imponga o infunda en las economías de los pueblos, y en la del conjunto de los pueblos, transformaciones más profundas.

La protección legal de los trabajadores. — Pero recojamos otra vez nuestro hilo y recordemos sobriamente algunos antecedentes de la Conferencia de Wáshington, sin remontarnos más allá de las indicaciones inmediatas. De un lado, tenemos las aspiraciones frecuentemente manifestadas en el sentido de elaborar, fragmentariamente, normas reguladoras de relaciones internacionales del trabajo, con el propósito de ampliar la esfera de la protección legal de los trabajadores; numerosos Tratados internacionales con la afirmación del principio de reciprocidad de trato de los obreros de distintos países; he ahí manifestaciones de un movimiento que se producía ya con éxito creciente antes de la guerra. De otro lado, sería preciso recordar la labor de la Asociación Internacional para la Protección legal de los trabajadores, de Basilea, con sus secciones nacionales, sus encuestas, sus propagandas incesantes, sus conferencias internacionales de estudio, de contacto de pueblos y de elementos de la índole más diversa y preparatorias de verdaderos Convenios internacionales, como los de

Berna de 1906, y los que quedaron pendientes al estallar la guerra... La labor de esta Asociación y de otras análogas, como la de la constituida para estudiar el grave problema del paro forzoso, son, quizá, el antecedente sugestivo más directo del movimiento de ahora.

Un complemento de la Sociedad de las Naciones.—Movimiento que tiene, sin embargo, otra significación—por el momento, quizá en crisis—. El movimiento de ahora, determinante de la Conferencia de Washington, es, en efecto, de una parte, la consecuencia de la guerra y de la concepción wilsoniana de la paz. Aunque la política de las viejas políticas procura olvidarla, recuérdese la significación ideal que el presidente Wilson daba, en sus mensajes y declaraciones, primero a la intervención americana, y luego a la paz deseable; no se iba a Europa a luchar por ningún engrandecimiento territorial; se quería la renovación de las instituciones de los pueblos, mediante la destrucción de las autocracias, de los Poderes arbitrarios, dominadores de pueblos y obstáculo secular a toda paz íntima entre ellos. Se quería una paz universal basada, no en alianzas de Gobiernos, ni en inteligencias ofensivas y defensivas entre Estados, sino en la unión de los pueblos, en la sociedad de democracias, en suma, en la unión o Sociedad de las Naciones.

La visión ideal de Wilson evocaba un mundo nuevo y mejor, obra de una humanidad reconciliada, y dispuesta a vivir en un orden superior jurídico, asentado no tanto en la fuerza de los ejércitos y en la yuxtaposición de Poderes como en la formación de una conciencia común, capaz de generar principios y normas comunes de justicia.

Y bien; una de las esferas de la vida humana y social más en sazón, quizá, para experimentar la práctica de ese ideal de unión de pueblos, era la del trabajo, primero, por la fuerza enorme, de índole internacional, que representa el factor obrero con el sentimiento de clase; luego, por la solidaridad de intereses que entre los elementos capitalistas provoca el peligro o la amenaza obrera, y, además, porque

merced a la analogía de condiciones sociales y a la universalidad de las doctrinas, en todas partes, con más o menos determinación, se venían elaborando fórmulas jurídicas de idéntica orientación y encaminadas a crear un orden legal protector del trabajador, o bien un nuevo estatuto del trabajo, aun dentro del actual régimen capitalista.

Por otra parte, la guerra ha contribuido a levantar el valor moral de los elementos obreros en todos los países, despertando, además, su conciencia política y agudizando su inquietud social.

Así, nada de extraño tiene que, en el Tratado de Paz, se considerase como una de las atenciones esenciales la iniciación de un orden jurídico del trabajo, formulando, con harta prudencia, sin duda, sus capitales principios inspiradores, y que se estimase como una de las manifestaciones más fáciles de suscitar con buen éxito en la proyectada Sociedad de Naciones, la llamada a comprender el sistema jurídico universal de las relaciones del trabajo.

Dificultades imprevistas.—Claro es que cuando en París y en Versalles se daba cima al estatuto del futuro organismo internacional del Trabajo y se acordaba la celebración en Washington de la primera Conferencia anual de aquel organismo, no se presumía que podrían alcanzar tan graves proporciones las dificultades opuestas en la propia patria de Wilson a la idea wilsoniana (wilsoniana atenuada, bien entendido). Seguramente se estimaba que, fuera cual fuese la actitud del pueblo norteamericano ante la discutida obra de Versalles, se encontraría medio adecuado para que no faltasen, a esta iniciación práctica de la gran idea del gran americano, representante de la gran nación americana.

Ni ellos ni los de ningún pueblo podían faltar: especialmente los de los pueblos que pesan en la vida del trabajo de las distintas zonas del mundo. Y tal fuerza tenía esta exigencia, que las gentes que acudían a Washington estimaban, como condición esencial, que en ese primer contacto de los pueblos, después de la guerra, para una labor de paz, se encontraran no sólo los

representantes de los aliados, asociados y neutrales, sino los de los vencidos. Y por eso apenas si fué discutida en la Conferencia la admisión de los delegados alemanes y austriacos en ella: el acuerdo favorable se tomó con sólo un voto en contra y una abstención. Con visión certera de la realidad, defendió el representante obrero francés, M. Jouhaux, la admisión de Alemania a la Conferencia inmediatamente y sin reserva alguna. ¿Cómo pensar en la elaboración de un derecho obrero, más que internacional, humano, sin Alemania?

Los pueblos ausentes.—Desgraciadamente, por motivos o causas no claramente explicadas aún, los delegados alemanes y austriacos, dispuestos, al parecer, a acudir a Wáshington, no llegaron a ponerse en camino para los Estados Unidos, con lo cual perdió la Conferencia uno de los elementos o factores que habrían contribuido más a darle relieve, carácter, fuerza.

El ambiente indiferente americano y la ausencia de los Estados Unidos y de los alemanes de las tareas de la Conferencia deben, sin duda, estimarse como indicaciones desfavorables muy de lamentar, y muy propias para provocar el desánimo aun en temperamentos entusiastas. Pero, ¿bastan por sí solas tales indicaciones para justificar una actitud de desesperanza y de renuncia? Hay muchos que piensan que en manera alguna. A pesar, se dice, de lo negativo de tantas coincidencias contrarias, la Conferencia actuó; celebró, durante un mes, numerosas reuniones plenarias y otras más numerosas de Comisiones. Inicióse, se añade, la constitución del proyectado organismo permanente internacional del Trabajo; debatiéronse, con serenidad, no pocos problemas arduos; votáronse bastantes acuerdos que pueden contener gérmenes de un futuro orden jurídico del trabajo. Además, pusieron en contacto y al habla los pueblos y los intereses, y aunque los pueblos no se hayan mantenido siempre en el plano del supremo y generoso desinterés que pide todo intento de elaboración de una conciencia común y de un espíritu jurídico común, humano; aunque se hayan manifestado las reservas y las sus-

picacias nacionales, y no se hayan disimulado siempre las fuerzas de los grandes al fin, se arguye desde el punto de vista optimista, los pueblos han convivido, se han asociado, han coincidido a veces, y es de esperar que, con más continuados roces, se irán suavizando las aristas y desaparecerán a la larga las más agudas suspicacias.

El juicio definitivo.—Y por eso hay quienes piensan que con todas las reservas imaginables, y a pesar de cuanto suponen en contra las indicaciones desfavorables antes apuntadas, el hecho del contacto entre tantos pueblos o Gobiernos de Estados, el que los representantes patronales y obreros de ellos hayan colaborado un mes serenamente, llegando a acuerdos de armonía sobre importantes temas de la orden del día, y que representantes obreros y patronales se hayan sentado unos al lado de otros para elaborar juntos con los delegados de los Gobiernos, un orden jurídico internacional del trabajo..., eso basta y sobra para que la Conferencia de Wáshington no pueda considerarse, en sí, aisladamente, como un fracaso.

Pero admitido esto, ¿qué juicio podría formularse sobre el valor y el éxito de la Conferencia de Wáshington, colocada en su sitio, como un momento del proceso mismo en que su reunión se provoca, o sea en relación con el ideal wilsoniano, concretado aquí en la aspiración o propósito de elaborar un orden jurídico internacional del trabajo?

(Concluirá.)

INSTITUCION

IN MEMORIAM

INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA EN BARCELONA
por Juan Caballero.

Ha muerto el apóstol de una idea santa, de una idea redentora. Muchos hombres han querido honrarlo con artículos encomiásticos (yo mismo); algunos Centros se han dispuesto a organizar veladas necro-

lógicas; virtuosos varones se han agrupado en derredor de su hermosa obra de Institución Libre de Enseñanza, de Madrid, con objeto de sostenerla y de propagarla con igual tesón e idéntico entusiasmo que su fundador, el eximio pedagogo D. Francisco Giner de los Ríos.

Pero Barcelona puede honrar la memoria del ilustre pensador, hijo legítimo de la Grecia espiritual, de la Grecia culta, de aquella Grecia de que justamente se enorgullece la Humanidad, y, sobre todo, la gran raza latina, de modo muy distinto, y seguramente del que más grato resultaría para el llorado maestro: fundando otra Institución Libre de Enseñanza en que «neutralmente» se provoque en los alumnos intenso amor al progreso colectivo, y, por consiguiente, a la Naturaleza, la Verdad, el Bien, la Sencillez de las costumbres, la Pureza de la vida.

Hay aquí profesores meritísimos, hombres abnegados, muchas personas ansiosas de iniciar un potente resurgir de la raza; a todos me dirijo para que se hagan eco de la idea, la propaguen, inviten a una reunión, o, si lo prefieren, indiquen su conformidad, adhiriéndose a ella, y, en ese caso, yo invitaré a alguno de nuestros prohombres de la Pedagogía a que asuman la dirección del asunto, a fin de realizarlo inmediatamente.

Las adhesiones pueden hacerse por simple tarjeta, en que consten las siguientes palabras: «Me adhiero a la idea de crear en Barcelona una Institución Libre de Enseñanza.»

Si hay quien escriba artículos de propaganda, mejor.

ANTE EL MAESTRO

Con D. Francisco Giner de los Ríos se extingue la inteligencia que inició en los caminos la verdad a la cultura hispana.

En la cátedra y en el libro y en la revista fué un sembrador infatigable de ideas altísimas, que su pensamiento fuerte, como ninguno recio, penetró en el fondo de la vida de los pueblos para levantarse excel-

so entre todos sus discípulos, sabios maestros, irradiando la luz de los supremos principios.

Todo lo que algo brilla en la esfera intelectual de nuestra Patria, hombres y libros, es reflejo de la luz de aquella inteligencia soberana, y, sin ese luminar en nuestro cielo, no es posible concebir la incorporación de España a la más alta cultura europea.

Colaboradores ilustres del eminente maestro habían caído en la tumba dejándole sólo frente a la sombría mentalidad hispana; pero su palabra creadora arrancó luz a las tinieblas, y se alzaron sus discípulos, satélites esplendorosos del gran astro, para brillar en la noche en que hoy nos deja su muerte.

No actuó en política más que una sola vez, con un solo acto, para afirmar la libertad de la Ciencia, que el servilismo de un ministro quiso arrojar encadenada a las plantas de la Restauración victoriosa, y al destierro que le condenó el poder de la fuerza, siguiéronle poco después los grandes maestros que daban lustre a la Universidad española.

La eminencia de saber sólo admite comparación con la grandeza de su alma, resplandeciente en virtudes, y flora hoy la Patria sobre el cadáver de un hombre que consagrara a la Verdad su inteligencia y al Bien su corazón, todo bondadoso.

Los partidos avanzados, organismos nacidos para imponer la verdad en la vida, débenle al ilustre muerto los principios supremos en que se inspiran, y nuestro partido radical, por el que sentía hondísimas simpatías, envuelto por el polvo de cien combates gloriosos, dobla la rodilla sobre esa tumba que se abre inmensa ante nuestro corazón, y seguro de encontrar en la obra de Giner la perenne luz que nos guíe con la Verdad por los caminos del Bien, rendímosle la flor de nuestro espíritu, la que se levanta sin mezcla de pasiones que enardeció la lucha, la que esplende con la pureza de la idea, la que con la mente es Justicia, con el corazón, Bondad, en todo el ser, Belleza.

(*El Progreso*, Barcelona, 19 II-1915.)

D. FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS

Hoy hace cinco años que en una gélida mañana se marchó de la vida aquel santo laico que se llamó Francisco Giner de los Ríos.

Queremos nosotros rendir tributo de cariño y respeto al hombre que silenciosamente, con amor de padre, laboró por el despertar de España, haciéndolo discípulos que, enalteciendo su nombre, supieron colocar nuestra Patria en el nivel espiritual europeo.

No queremos hablar del sabio, queremos solamente recordarle en este día, nosotros para quienes siempre vive recordado.

Si el gran hombre murió, nos queda su espíritu inmortal, que nos conduce, nos guía en la vida.

A Giner, al maestro de Costa, se debe el resurgir de España; a él se debe esa juventud que, esparcida por nuestra Patria, labora por el engrandecimiento cultural.

Cuando el Apóstol de la enseñanza, el grande y humilde Giner de los Ríos se convenció de la falta de pulso de este pueblo empobrecido, se dedicó a laborar en silencio, a educar; esta fué su gran misión. Y el fruto obtenido, bien patente está; cuanto de valer, en materia de arte o pedagogía existe en España, a él es debido. La Residencia de Estudiantes, las Bibliotecas populares, esparcidas por España; todo cuanto significa cultura es el fruto de algún discípulo de aquel que se llamó Giner de los Ríos, que supo inculcar en el alma de sus alumnos un santo amor hacia el pueblo.

Educar fué su misión, y la cumplía en todo momento, en clase, en la calle, en cuantas conversaciones sostenía, con aquella gracia suya tan sugestiva.

Y nosotros, creyendo que el mejor recuerdo que hacérsele puede, es imitarle en cuanto lumanamente sea posible, seguiremos laborando, en la medida de nuestras fuerzas, por el resurgir de este pueblo callado y sufrido.

En este quinto aniversario, enviamos a la Institución Libre de Enseñanza el tes-

timonio de nuestra adhesión espiritual. La Institución, la casa en que el Maestro, Giner de los Ríos, puso todos sus amores, y donde una clara mañana, hace cinco años, abandonó la vida, para ir a reposar cerca de su maestro Sanz del Río.

(*El Noroeste*, Gijón, 18-II-20.)

LIBROS RECIBIDOS

Martínez Risco (Manuel).—*Sobre el invariante de refracción de Abbe*.— Madrid, Ed. Arias, 1919.—Don. de la Junta para Ampliación de Estudios.

Board of Education.—*Suggestions in regard to games*.—London, His Majesty's Stationery Office, 1920.—Don. de D. P. de Azcárate.

Idem.—*Physical exercises for children's under seven years of age with typical lessons*.—London, His Majesty's Stationery Office, 1920.—Don. de ídem.

Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.—*Anuario para 1920*. Madrid, Imp. Clásica Española.—Don. de la Academia.

Moore (W. L.).—*Los bosques, las lluvias y las inundaciones. Extracto del informe dado al Congreso de los Estados Unidos de Norte América* (dos ejemplares).—Madrid, Ramona Velasco, 1918.—Don. del autor.

Gallardo (Dr. Angel).—*Educación común en la capital, provincias y territorios nacionales. Informe presentado al Ministerio de Instrucción Pública. Año 1918*.—Buenos Aires, Talleres de la Penitenciaría Nacional, 1919.—Don. del Gobierno.

Varios.—*Quien no vió a Sevilla...*—Sevilla, Tipografía Gironés, 1920.—Donativo del Ayuntamiento de Sevilla.

—*Libro de oro de la Exposición hispano francesa de Bellas Artes, celebrada en Zaragoza en mayo y junio de 1919*. Madrid, Artes Gráficas, 1919.—Don. del Excmo. Sr. Vizconde de Escoriaza.

Imp. de Julio Cosano, suc. de Ricardo F. de Rojas. Torija, 5.—Teléfono M 316.